

ENRIQUE CAMPOS MENENDEZ

KUPEN

CUENTOS DE LA TIERRA DEL FUEGO

KAU
BUENOS AIRES

KUPEN

WORLD'S FAIR
AMERICAN

KUPEN

WORLD'S FAIR
AMERICAN

KUPEN

Es propiedad del Autor
Copyright by Enrique Campos Menéndez
Queda hecho el depósito que
establece la Ley 11723

RECUERDO
A LA MEMORIA
DE
JAIME CAMPOS MENENDEZ



Hace mucho tiempo que me andaba por el corazón la idea de escribir un libro sobre las tierras del Sur. Por sus montes helados pasé los mejores días de mi niñez, por la inmensidad de sus llanuras hice mis primeras correrías de juventud, en la neblina de sus lagos recónditos envolví mis ensueños iniciales, en la cordial convivencia de sus gentes balbucí mis primeras palabras y eché a volar, aun indecisas, mis pobres esperanzas recién nacidas. Recuerdos imborrables, de esos que nos han de acompañar paso a paso hasta el último sueño, me prenden a este fin del mundo cuyos misterios infinitos he procurado despejar, ya en la visión directa y el personal testimonio, ya en los re-

latos de exploradores, misioneros, geógrafos y antropólogos. De observaciones y lecturas nace el fondo de verdad que anima y viste a mis personajes.

Si en un libro cualquiera hay siempre un pedazo del alma de su autor, puedo decir en verdad que están aquí los mejores pedazos de la mía. Tu lo comprenderías bien, mi querido Jaimito, que tantas veces cabalgastes a mi lado en la paz inefable de las pampas. Me parece que te veo aún, en la nerviosa cacería y en el lento paseo, ahora inquieto por disparar pronto la escopeta nueva, ahora sosegado en la grata contemplación de los horizontes infinitos; que te veo aún con tu po-

ny, con tu perro, con tus botas altas como las de los hombres; que te veo aún en el gesto radiante y en el silencio apacible, muy abiertos los ojos para verlo todo —tus ojos inmensos que aún nos miran—, muy dulce la mirada por pensar en todo —tu suave mirada que era una bendición—. ¡Ah, como te habría gustado leer ahora estos cuentos! Es posible que para otros no ofrezcan interés alguno; para ti sí lo ofrecerían, que tú, como yo, tenías siempre encendido y escondido, bajo las nieves australes, el rescoldo sagrado de los afectos más íntimos, de los cariños más puros, de las ternuras más hondas.

Ya está mi obra concluída. Dios no ha querido

que llegases a ver realizada esta gran ilusión de mi vida. Pero tu recuerdo, que está conmigo desde que empecé a escribir la primera línea, se reaviva al trazar la últimas y si al principio me animaba, ahora, en el fin, me sostiene y ampara. ¿Qué menos puedo hacer, mi inolvidable Jimmy, que unir tu nombre al mío en esta hora, tanto tiempo esperada?

Y A S H
V O O K E
C H E N
A Y E N
Y A ●

KUPEN

A orillas del lago Vinteke hay una cabaña ruinososa en la cual vive una vieja muy viejecita que se llama Kupaen. Nadie sería capaz de adivinar la edad de esta india, que lo mismo puede tener setenta, ochenta, o cien años. Su cara se ha quedado sin carne, y la piel le dibuja todos los huesos de la calavera; sus dedos sarmentosos ya no pueden hilar, y sus piernas encanijadas ya no dan un paso, pero sí su inteligencia se conserva lúcida como en los buenos días de la juventud. Es muy simpática y muy buena. Rara vez las gentes llegan hasta ella, pero cuando alguien se le acerca, siempre se va de su lado llevándose un recuerdo gratísimo, de esos que no se olvidan jamás. Kupaen es

muy pobre y no tiene nada que ofrecer, pero regala generosamente graciosas palabras que, ordenadas en cuentos, refranes, romances y leyendas, dichas mitad en ona y mitad en castellano antiguo, encantan y cautivan. Cuando los forasteros llegan a Tierra del Fuego, lo primero que hacen es buscarse un guía y enfilear el camino del lago Vintete para verla y oírla, y se vuelven felices cuando han tenido la dicha de conocerla. Kupun que es muy inteligente, que conoce a los hombres en cuanto los ve, que adivina entre las pestañas caídas el primer revoloteo de las intenciones, contesta siempre acomodándose al gusto y deseo de los visitantes.

Una vez le llegó ante la puerta cierto aventurero de porte exótico y no vulgar catadura.

—Dime Kupun: ¿tú recuerdas haber visto por aquí unas piedrecitas del color del sol, chiquititas, con las cuales vuestros abuelos hacían pendientes y brazaletes? No valen nada y causan mucho daño a los animales y a los árboles; por eso yo vengo a ver si consigo llevármelas todas para salvaros de su maleficio.

—Bien sé de lo que me hablas —respondió Kuppen solícita— y puedo decirte dónde las encontrarás y con tanta abundancia que para cargarlas no te bastará ni una caravana de cincuenta carretas. Mira: sigue siempre a la orilla de este lago hasta llegar al pie de aquella colina; la remontas y continúas hasta lo alto del ventisquero; bajas por un camino que cruza el bosque de robles y, al llegar a una cascada, sigues, siempre al lado del río, hasta andar nueve días de sol a sol; encontrarás una pequeña vega donde hay un canelo seco que aún huele muy bien: reúne a la gente y hazla cavar, y verás cómo tus deseos quedan satisfechos.

El aventurero organizó una costosa expedición, caminó los nueve días de sol a sol y no encontró ni la cascada, ni el río, ni la vega, ni el canelo. Kuppen se había burlado donosamente de su codicia.

Otra vez le llegó a la puerta cierto caballero elegantemente vestido, de esos que recorren el mundo para contar a cuatro amigos, en su pequeña ciudad provinciana, que ya lo han visto todo.

—¿Usted es india? — empezó preguntando con desdeñosa impertinencia.

—Soy hija de mis padres y nieta de mis abuelos — contestóle Kupen con humildad.

—Já, já, já... —rió el extranjero. —¿Me permite retratarla?

Y entró en la choza como Perico por su casa, revolviéndolo y curioseándolo todo con evidente impertinencia.

Kupen lo miraba tranquila y sin importarle de su presencia y, cuando llegó su hora, empezó a comer.

—No coma Vd. eso —intervino el intruso— porque tiene muchas toxinas. Realmente no sé cómo no se mueren con este régimen alimenticio tan absurdo. Necesita Vd. mucho hierro, mucho fósforo, muchas vitaminas.

Kupen le oía y lo miraba sin concederle la respuesta de un monosílabo. Cuando el turista terminó su monólogo petulante y vacuo, se dignó preguntar a la indígena:

—Dígame ¿por acá no hay setas?

—Callampas, querrá decir. Sí las hay y muy sabrosas. Vea: allá tiene unas que son muy buscadas.

Corrió el forastero al lugar indicado y volvió con su mochila llena.

Al regreso de la excursión las hizo condimentar de acuerdo con los buenos principios culinarios, y se las comió relamiéndose de gusto. Antes de que los postres apareciesen en la mesa, el pobre hombre se retorció víctima de cólicos atroces. Kuppen se había burlado donosamente de su vanidad.

Otra vez le llegó a la puerta un joven muy engominado y vestido con excesiva petulancia que, retorciéndose con empaque los veinte pelos que ya tenía en el bigote, le preguntó con engorrosa fanfarronería:

—Dígame, buena mujer ¿usted sabe donde podría yo encontrar alguna india joven, bonita y complaciente, que aceptase venirse conmigo? Desearía retratarla en un cuadro que estoy pintando. Si Vd. me lo dice le daré unas monedas — añadió satánico.

—Claro que sí. Lléguese a la toldería de Sohon y pregunte por Josiken. Le aseguro que se quedará Vd. muy contento con mi consejo.

El pequeño Don Juan lo siguió y, después de mucho andar y preguntar, encontró una carpa solitaria en la que había como único habitante un

viejo tuerto, jorobado y tartamudo. Le preguntó con afables maneras:

—Dígame, señor ¿dónde podría yo encontrar a Josiken?

Y aquella especie de brujo le contestó con el mayor aplomo:

—Josiken soy yo.

Kupen se había burlado donosamente de su lujuria.

Y otro día llegué yo, cuando el sol, vencido por los zarpazos de la noche, ensangrentaba el lago con la púrpura pomposa de su corazón desgarrado.

—Kupen: yo no quiero saber dónde hay oro, ni manjares sabrosos, ni vírgenes inocentes; yo no vengo a curiosear en la intimidad de tu vida, ni a reírme de tus costumbres venerables, ni a profanar la santa calma de tu casa. Vengo a verte, a oírte, a hablar contigo, a ofrecerte la alegría de mis ilusiones y a pedirte la experiencia sabia de tus recuerdos.

Y Kupen me respondió:

—Andarás muchos caminos, cruzarás muchos mares, correrás muchas tierras y verás toda cla-

se de vestidos, y oirás toda clase de músicas, y bailarás toda clase de danzas, y hablarás en toda clase de lenguas... Pero si lo que vas buscando por la vida es la verdad de los corazones, has de saber que nosotros, como los blancos y como los negros, nacemos, vivimos y morimos en la ilusión de sus mismas esperanzas, bajo el peso de sus mismos dolores, atados a sus mismos egoísmos, entretenidos en sus mismas dichas, enfermos por sus mismos rencores. . . porque las almas son las mismas en el Oriente y en el Poniente, aunque la encarnadura de los cuerpos las aparente distintas.

KIUTEMINK

Entre todos los hijos del viejo cacique, que
se eran pocos, Kiutemink era el más noble, el más
sabio, y, tal vez porque recibía su nombre
de su abuelo, el más estimado y temido. Entendido
de las maneras del Sur y una vida que adquiriera
de la madurez, su padre vivía un tanto apartado de
los otros indios que, por necesidad, buscaban
sus diversiones para de ningún modo podían con-
pararse y era en el seno de su gran familia
donde gozaba con mayores alegrías, y en el embe-
llo de su querido hogar que se deleitaba en sus
más efímeras satisfacciones. Un acuerdo con sus
hermanos originales, el anciano patriarca se ha-
bía hecho venir a vivir y tenía a su lado cuatro

Entre todos los hijos del viejo cacique, que no eran pocos, Kiutemink era el más dócil, el más sumiso, y, tal vez porque también era el más pequeño, el más atendido y mimado. Emigrado de las montañas del Sur a una edad que sobrepasaba la madurez, su padre vivía un tanto aislado de los otros indios que, por nortños, respetaban sus costumbres pero de ningún modo podían compartirlas; y era en el seno de su gran familia donde gozaba sus mayores alegrías, y en el embeleso de su risueño benjamín que se deleitaba en sus más efusivas satisfacciones. De acuerdo con sus hábitos originarios, el anciano patriarca se había casado varias veces y tenía a su lado cuatro

mujeres que, ante el asombro de todos, se repartían por igual los ya paternales amores del cacique, de la misma manera y con la misma generosa retribución con que se repartían los cuidados de la prole y los quehaceres de la ruca.

La primera vez se casó siendo todavía bastante joven, cuando cierta mañana, tras la huella de un animal de caza harto difícil, se encontró con una mujer que en su cántaro de barro recogía el chorrillo de agua cristalina que serpenteaba fugitivo entre los troncos ciclópeos del robleal; nació en él la pasión como se desatan los vientos de la primavera: arrolladora; ella, entre azorada por la sorpresa y temerosa ante las flechas del varón, aceptó sus deseos y se marchó con él. La segunda vez se casó con una cautiva aprisionada después de feroz lucha con la tribu rival, y no por usar del indiscutible derecho que poseía sobre su botín, sino porque en realidad la admiraba y quería. La tercera vez se casó con la viuda de su hermano, mujer buena y trabajadora como la que más, tratando de evitar que un extraño entrase en la familia y no tuviese para sus sobrinos las delicadas atenciones que él les prodigaba. La cuarta vez se casó a pedido de sus tres mujeres

que, ya viejas y cansadas, requerían una ayuda para compartir agobios y labores que se iban haciendo demasiado fatigantes.

La convivencia, nunca difícil entre los onas del Sur que son polígamos desde hace siglos y siglos, era en este caso alegre y dichosa gracias al magnífico carácter del venerable cacique: abierto, franco, generoso y especialmente pacífico. Y no se crea que era hombre débil y pusilánime; por el contrario tenía un coraje inaudito que estremecía a todos por sus constantes pruebas de valor: muchas veces había practicado la experiencia de poner sobre sus brazos desnudos brasas chisporroteantes, que horadaban lentamente los músculos con un olor nauseabundo de carne quemada, y jamás se le oyera un lamento ni se percibiera en su cara una mueca de dolor. Las bárbaras cicatrices que le punteaban entre el tatuaje, podrían ser para otros blasones de heroísmo, pero no para él, que las miraba indiferente como testimonio de quehacer cotidiano. En cambio, como acontece casi siempre en seres de esta naturaleza, era delicadamente sensible al dolor moral, y ante cualquier pequeña aflicción clamaba y plañía con voces conmovedoras; es cierto que todos los otros

indios tienen por hábito dolerse a voces de sus penas, pero nadie en sus gritos alcanzaba el intenso y verdadero dramatismo que en este patriarca se reflejaba.

De este padre buenísimo y en este ambiente de felicidades infinitas, nació Kiutemink. Durmió los primeros sueños, al igual que todos los de su raza, en un hoyo relleno de plumas finas y lana primeriza, pero nadie fué arrullado con tantas delicadezas como él. Luego pasó al *tabalsb*, especie de angarilla recubierta de pieles que sirve de cuna, donde atado descansó muchos días y muchísimas noches, en posición casi vertical. Diariamente lo untaban con pasta hecha de saliva y greda, para que sus articulaciones se endureciesen, y sólo le daban de comer pescado y carne flaca. Cuando rompía a lloriquear, el padre le lanzaba tremendos gritos al oído para imponérsele como un ser sobrenatural. Un poco mayorcito, la madre lo mandaba a buscar leña para robustecerlo en el trabajo, y su padre le enseñaba a disparar el arco haciendo rodar ante sus ojos de lince grandes discos sobre los cuales el pequeñuelo tenía que fijar la puntería. Cuando cumplió doce años, según costumbres, los padres levantaron para él, en la

vecindad de la carpa hogareña, otra más pequeña pero que le permitía vida holgada e independiente. Kiutemink podía considerarse — le sobraban motivos para ello — el hombre más afortunado de este mundo.

Limítrofe con su tribu, no muy distante de su vivienda, habitaba Cayepar, una niña de su misma raza que reunía cuantos encantos pueden ser imaginados en criatura humana. Eran muy amigos. Cuando Kiutemink terminaba los quehaceres que se le habían encomendado, su mayor placer consistía en buscar la siempre amable y lozana compañía de Cayepar con la cual se adentraba por el bosque buscando nidos de caturras y bandurrias, sabrosos huevos de caiquenes y pichones de teruteru que encontraban sin gran esfuerzo a pesar de la gritería desorientadora con que los padres llenaban la vega. En las tardes de vagar subían a la montaña, desde la cual se divisaba el valle en toda su amplitud, y allá se quedaban largo rato embebidos contemplando el vuelo solemne de los cóndores, la rosada constelación de los flamencos que giraban en torno de la laguna — bruñida como la luna — y el rosario de espumas que el mar venía a rezar todas las tardes ante el majestuoso

altar de los acantilados. Y entraban por las grutas: él la dejaba en lo más denso de las sombras, y a grandes voces imitaba el opaco rugir de los pumas, el agudo aullido del vendaval, el bronco bramido de las olas y el metálico rodar de los truenos; ella temblaba, femenilmente miedosa, y él entonces corría a salvarla de la soledad, del miedo y de las sombras. Estas distracciones aumentaban las mutuas estimas: ella lo veía cada vez más valeroso y seguro de sí mismo, y él se sentía feliz viendo con qué ternura y confianza ella se refugiaba en el varonil amparo.

En este ambiente de feliz tranquilidad vivieron sus rápidos días de niñez. Una vez cumplido el rito de la iniciación, ceremonia por la cual se incorporaba con todos sus derechos y deberes a los jóvenes en quienes la costumbre reconocía condición para regir libremente sus destinos, Kiute-mink, no por la necesidad de escoger compañera de trabajo, sino a impulsos de un amor nacido en la misma cuna en que nacieran sus primeros actos conscientes, pensó en unir su porvenir al de aquella chiquilla que constituía para él todo su embeleso. Se convenció de que hacían la pareja ideal de la raza: él era alto, delgado y fuerte, de piel cla-

ra y sonrosada, de ancho pecho y fino talle, con muy poco vientre y los muslos gruesos y las piernas delgadas; ella era blanca y sanguínea, de ojos diminutos y muy expresivos, de boca pequeña y labios finos, de amplias caderas y piernas robustas, y se dibujaba toda en un rico juego de curvas armoniosas.

Decidido a casarse, Kiutemink empezó por conquistar al padre de Cayepar, haciéndole frecuentes visitas en las cuales le llevaba siempre ricos y valiosos regalos: flechas, cueros y en ciertas ocasiones algunos *ápeis*, pequeños ratoncitos estimadísimos entre los indígenas. El padre, a pesar de estar muy contento con este posible matrimonio, fingía mostrarse reacio, porque el bien parecer obligaba a estos disimulos. Al mostrar el padre su complacencia, el enamorado pudo enviar su arco a Cayepar que se lo devolvió al día siguiente por un mensajero. No se desesperó ante esta negativa, porque sabía que en el fondo retribuía con largueza sus sentimientos, y otra vez le envió el arco suplicante que volvió a merecer la misma esquiva respuesta. Un tanto desanimado quedó Kiutemink ante este nuevo rechazo; pero envió su arco una tercera vez, y cuál no sería su

inmenso gozo al ver que en esta ocasión fué Cayepar misma, personalmente, la que le trajo el arco, demostrando así su aceptación. Días después se casaron; la tarde de la boda ambos se adornaron un poco mejor que habitualmente, pero nada más, porque entre los onas no existen ceremonias ni fiestas nupciales. De regir en este pueblo las tradiciones de Occidente, Cayepar podría llegar hasta el tálamo adornada con flores de azahar... y Kiutemink también.

Fueron a vivir a una carpa magnífica que el viejo cacique les había regalado. La esposa ocupó allí el lugar de esclava, de acuerdo con las normas seguidas en estas tribus, pero Kiutemink no sólo no ejerció su derecho dominador sino que, por el contrario, no perdió oportunidad para mirarla y colmarla de atenciones. En cierta ocasión salió de cacería, y la suerte le sonrió de tal manera que, por donde otros nunca habían disparado el arco, él encontró presas que habrían colmado la ambición del cazador más codicioso. Pero el afán de volver demasiado cargado lo llevó tan lejos, que para regresar no le bastaron todas las horas de la tarde. Tuvo hambre; pudo haberla saciado con aquellas carnes frescas que llenaban

su morral, pero prefirió sufrirla estoicamente antes de restar en lo más mínimo la inmensa satisfacción que esperaba a Cayepar a la vista del opíparo presente.

Eran muy felices y se querían mucho. Ocurrió una vez que estando él muy lejos de la carpa, se encontró con una joven india cuya belleza le dejó deslumbrado, y a pesar de la difícil situación en que lo colocaron las tentadoras insinuaciones de la joven, por respeto a Cayepar prefirió renunciar al ocasional placer. Entre los onas el adulterio no tiene la importancia que entre los blancos; en caso de que la mujer engañe a su marido, éste ni siquiera la reconviene; si desea vengarse lo hace contra el hombre que la indujo a la infidelidad. En cierto día Cayepar se encontraba sola hilando en el interior de la ruca; Kiutemink había salido a un largo viaje. Sabedor de esta circunstancia, un indio de la tribu vecina se llegó a ella, cortejándola primero con palabras dulces y suaves que se fueron tornando agrias y ásperas, y amenazándola después ante la intransigente negativa de la esposa. Cayepar resistió todas las acometidas, siendo entonces brutalmente apaleada y herida por el forastero.

Grande, inmensa fué la alegría de ella y mucho mayor la de Kiutemink, cuando a su regreso le pudo mostrar la esposa, satisfecha, las marcas de la lucha que había sostenido con el seductor: aún tenía sobre la cara los moretones que denotaban la pelea, y en los muslos las huellas de los punzazos que cruelmente le habían inferido para intimidarla. Orgullosos se quedaron ambos al poder constatar de manera tan real los sentimientos que se profesaban, que el tiempo, por otra parte, se encargaba de cimentar y acrecer.

No había en la toldería pareja que tanto se estimara y atendiera. Ella pasaba horas y horas depilándolo con sus largas uñas y tatuándolo con pequeñas incisiones en las que encerraba partículas de carbón de leña que, al cerrar las heridas, se convertían en puntitos azules considerados de efecto maravilloso; él le engrasaba la cara y le pintaba los brazos y el pecho de colores diversos, mostrando su habilidad sobre todo en el *joptalém*, dibujo que se hace con una especie de peine mojado en pintura blanca y luego en pintura roja, para cuyo adorno usaba muchas veces una mandíbula de delfín. Los colores tienen su valor simbólico: el rojo sirve para la pelea, el blanco

para mostrar la alegría, el negro para el luto y el amarillo para la cacería, al menos que ésta se realice entre la nieve, en cuyo caso se pintan de blanco para mimetizarse. Como gentes importantes que eran, muchas veces se trazaban el *majaiþ*, raya transversal de color rojo, que va de oreja a oreja sobre los pómulos dejando libre la nariz. Entre los onas tiene tanta importancia el color, que cuando están enojados se untan la palma de la mano izquierda con pintura amarilla, la rascan con las uñas de la mano derecha a fin de cruzarla de rayas, y luego con la mano izquierda se golpean la boca para que ésta quede impresa de brillantes huellas verticales. Cayepar era muy habilidosa y sabía preparar muy bien las pinturas: la roja la hacía con tierra de los barrancos mezclada con grasa de ballena, y la preparaba en tres calidades, la más clara de las cuales se llama *potel*, la más oscura *ksorren*, y la intermedia *uten*; la amarilla, que se llama *cohor*, la elaboraba con tierra cocida; la blanca, con huesos calcinados y, según sea más o menos clara, se denomina *shool* o *shilo*; la negra, con pastos quemados y con grasa, y si no es muy negra se

llama *teen*; la verde, llamada *keelb*, con pasto fresco y aceites vegetales.

Todos en la toldería envidiaban el buen gusto de la pareja y las riquezas de que hacían gala. Él tenía un valioso *olí*, capa cuadrada que lo cubría hasta los pies y que en vez de ser de guanaco como era lo más frecuente era de suaves pieles de zorro bien sobadas y pintarrajeadas por el revés; calzado hecho con el cuero de las rodillas de los animales, que es el más flexible y resistente, y polainas duras y abrigadoras; un alto *cochel* — *goulchbelg*, le llamaban en la toldería de su padre — o triángulo de cuero muy fino cortado del testuz de los guanacos y que colocaba sobre la frente atándolo en la nuca con trenzas de nervios, (adorno que le traía mucha suerte en la caza), y muchos brazaletes hechos con lonjas de cuero aparatosamente cosidas. Los *coyatens*, o polleras, de Cayepar, llamaban la atención por lo bien curtidadas y por el esmero con que se les había conservado la lana, y causaban envidia sus collares o *keelches*, hechos de grandes cuentas de hueso, y su diadema — *ooun* — confeccionada con plumas de *shag*, bello pájaro de color azul oscuro, prusia, casi negro.

Se comprende que una exclamación unánime de asombro la recibiese cuando aparecía en la rueda de las otras mujeres, dando vueltas y vueltas al ritmo de una triste melopea que se iba repitiendo, cansina, hasta el final de la danza. Kiutemink, que no podía acompañarla porque entre los onas los hombres y las mujeres bailan por separado, la miraba enternecido, en éxtasis. ¿Y cómo no iba a ser así? Nadie en la toldería tenía una mujer que se tatuase con tanto esmero, que se adornase con tanto arte, que bailara con tal gracia, que cantara con aquella dulzura, que cautivara, en fin, y prendase de tal manera, que sólo la felicidad podía ser concebida a su lado. Kiutemink la amaba apasionadamente. Todos los días, cuando el sol enrojecido de cansancio se apoyaba sobre el barandal del horizonte, la llamaba desde lejos, regresando del bosque, con una voz clara y varonil que resonaba por el valle proclamando a los cuatro vientos el ímpetu ardoroso de su amor. Y cuando se encontraban, la misma escena tierna y candorosa se repetía inevitable: él se tapaba hasta los ojos denotando que algo escondía, ella forcejeaba hasta encontrar lo que era, y siempre aparecía la grata sorpresa de un

regalo, que a veces era un gracioso pajarito recién nacido, a veces una cuenta más para los collares y a veces un tosco brazado de flores silvestres. Comían juntos la olorosa carne recién asada, e iban a sentarse al pie del corpulento canelo, que se erguía al lado de la ruca, contándose el uno al otro todas las peripecias del día, hasta que el frío les obligaba a guarecerse en la carpa, donde, al amor de la lumbre, continuaban susurrándose confidencias hasta que se quedaban dormidos. Largo tiempo fueron felices; pero poco a poco nació dentro de ellos, a medida que pasaban los días y los meses, la idea de perpetuarse, de encarnar esta felicidad, de transformar este amor profundo en un ser que con su vida, con su alegría, reflejara la dicha inmensa que ellos gozaban. Por eso muchas veces Kiutemink se quedaba cabizbajo y pensativo, con la mirada perdida en un sin fin de meditaciones, y ella vergonzosa le preguntaba:

—¿Qué tienes, Kiutemink?

—Nada, nada...

Y las respuestas se sucedían:

—Nada..., nada...

Comprendía la tristeza de su marido y desde

el fondo de su alma deseaba fervientemente que se disipara esta única nubecilla que ensombrecía su existencia, y confiaba en que así había de suceder; por eso una mañana, casi desvaneciéndose de rubor y temblando de emoción, le dijo, acercándosele mucho al oído:

—Tengo que contarte algo.

Y le explicó cómo dentro de ella sentía ya dos corazones palpitando, cómo dentro de ella la sangre le bullía con el hálito de una vida futura, cómo dentro de ella se le formaba otro ser, carne y sangre de amor, en el cual verían los venideros la humanización más perfecta de los ideales más puros.

Ante la buena nueva, Kiutemink extremó las delicadezas y cuidados para con Cayepar. Pocas se le hacían las horas del día para satisfacerle sus gustos y cumplir sus caprichos, y más cortas aún se le hacían las horas de la noche para regalarla con abundantes y suaves cariños. Bastaba que ella insinuase algo para que él solícito lo cumpliera con inefable alborozo, y cuando nada podía hacer, se paseaba nervioso y contrariado por no poder contribuir en algo a la lenta evolución con que la naturaleza, aliada con el tiempo, iba rea-

lizando su creación en la entraña de la futura madre.

El otoño había tusado las verdes cabelleras de los árboles y el sol, que se acostaba más temprano, buscaba refugio en el horizonte antes que los vientos de la noche lo entumeciesen. Cayepar recortaba pequeñas pieles que se transformarían en prendas de abrigo para la criatura, y Kiutemink afilaba pequeñas flechas para los primeros ensayos del vástago; y así, a la luz del hogar, se hilvanaban largos diálogos que siempre giraban sobre el mismo tema: el hijo futuro. Discurrían ambos cómo le llamarían: si fuese hombre le dirían Jaro; si fuese mujer, le pondrían Coyla. Ella quería que fuese mujer, que fuese una jovencita muy linda para quien todas las vecinas hilarían las lanas más finas, para quien todos curtirían los cueros más suaves, para quien desde muy lejos le traerían las más bellas diademas de *shag* y las cuentas más raras de lindos y brillantes colores; Coyla bailarían muy bien, y los jóvenes, conmovidos, le mandarían sus arcos, y los viejos, extasiados al oír su voz aguda y clara dirigiendo la rueda de la danza, la exaltarían con fervor. Luego se casaría y tendría muchos hijos, que amarían a sus padres como

ellos amaban al venerable cacique del Sur. Él quería que fuese varón, que de chico hiciera mil travesuras despistando hasta a los zorros astutos, que creciera muy fuerte y valiente, que se aventurase hasta las cuevas oscuras donde los pumas esconden a sus crías y hasta los picachos más altos donde los cóndores ponen sus nidos; que fuera un gran cazador y un guerrero esforzado, temido por las tribus enemigas y admirado por toda la toldería; Jaro sería quien, al ser ellos viejos, les traería el sustento y el consuelo. Y así todas las tardes se adormecían en proyectos de ensueño.

A veces, en las noches de insomnio, a Kiute-mink se le pasaban por la imaginación las palabras con que Cayepar volcaba su amor al ser que, sin haber nacido aún, ocupaba ya lugar tan importante en su corazón, y se sentía disminuído; ya él no era toda la vida de la esposa, ya alguien compartía su cariño y le robaba la absoluta exclusividad de su amor. Pero es mi hijo — se decía —; y recién entonces, ante esta palabra mágica, terminaban sus desvelos, se aclaraban sus dudas, y en él renacían la fe y el optimismo de sus mejores tiempos.

Entre los onas, cuando llega la hora del alumbramiento, si la carpa está muy habitada, la mujer sale y va lejos a esperar a su hijo; en casos como éste, el marido es el que sale del hogar dejando a la esposa en compañía de parientas y amigas encargadas de atenderla. Los indios fueguinos son sumamente delicados en este aspecto y prefieren alejarse evitando herir el pudor de la madre.

No transcurría un día sin que Kiutemink preguntase apremiante:

—¿Ya me tengo que ir?

Y las viejas entendidas reían bonachonas ante el apuro del joven marido.

—Quédate, ya te avisaremos.

A pesar de esto Kiutemink insistía ingenuo:

—¿Ya me tengo que ir?

Hasta que en una ocasión, bien entrado el invierno, le dijeron:

—Kiutemink, debes partir.

No habían terminado la frase cuando el inquieto esposo corría por la estepa helada, radiante de tocar una realidad tanto tiempo entrevista. Caminó mucho, y cansado se sentó en un peñasco donde siguió dando rienda suelta a la imaginación. ¡Qué suerte la mía! — pensaba. — Tendré todo

lo que se puede lograr en la vida: un hijo, mi hijo; se ha disipado la única sombra que atribuía mi existencia; ahora todo es luz, ahora todo me sonríe. Y empezó a nevar . . .

En la ruca las mujeres trajinaban. Al filo del alba el sol, parapetado detrás del horizonte, disparó su primer rayo sobre la última estrella de la noche, que herida, desangrándose, tiñó de escarlata las tersas inmensidades celestes, y cayó exánime, reviviendo milagrosa en la carpa en los tiernos balidos del recién nacido. La madre, orgullosa de aquel hijo encantador que le resplandecía en el regazo, ordenó a las otras mujeres:

—Corred, buscad a Kiutemink y decidle que Jaro ya llegó.

Con gran alborozo corrieron todas, en la mañana virginal, a llevarle el mensaje. El campo estaba completamente cubierto de nieve. Las mujeres se esparcieron en su busca llamándolo a voces:

—¡Kiutemink! ¡Kiutemink!

Los llamados resonaban festivos con un claro tintineo de campanillas, que rellenaba los espacios huecos que la noche socavara en el paisaje.

—¡Kiutemink! ¡Kiutemink!

Los llamados revoloteaban nerviosos, aleteando como bandada de palomas.

Pero no llegaba ninguna respuesta a los apremios.

—Subamos arriba de aquel peñasco — propuso una. — Desde allí se domina el valle y lo podremos ver.

Y allí treparon con parlería algarabozas, oteando los rumbos.

—Ahí está . . . ¡Kiutemink!

Cubierto el cuerpo por la nieve sólo se alcanzaba a divisar su cara pálida, con los ojos entreabiertos como quien se empieza a dormir.

—¡Kiutemink!

Y el eco fué la única respuesta. Estaba helado, muerto; muerto ahora que alcanzaba lo que más había deseado en su vida; muerto ahora que todos sus sueños se realizaban. Acalló el coro de las mujeres. Sigilosas se le acercaron. En la nieve florecía la sonrisa vacía de Kiutemink, que seguirá festejando hasta la eternidad la enorme dicha de haber conseguido lo único que faltaba en su felicidad: un hijo.

EL HOGAR Y LA HOGUERA

El niño hacía algunos días que estaba enfermo. Al principio sus padres no habían dado importancia a la enfermedad, pero al caer la tarde de aquel día, y al mismo tiempo que la fiebre se acentuaba, le aparecieron sobre la piel ciertas manchas rojas que se fueron extendiendo por todo el cuerpo. Asustados ante esta nueva evolución de la dolencia resolvieron llamar a Concoat, el *johon*, para que le sacase el mal que burbujeara en su diminuto cuerpo; acudió el hechicero y tras muchas friegas y refriegas aseguró que la cosa no tenía ninguna importancia y que pronto curaría. Mas no sucedió así y el caso fué que otro chico, compañero de juegos del enfermo, cayó

también víctima de las mismas comezones y manchas. Llamado otra vez Concoat comprobó que el mal que le aquejaba era similar al de su pequeño amigo y viendo que, pese a sus exorcismos y manipuleos, ninguno de los dos experimentaba mejoría, envolvió su fracaso en la mezquindad de una intriga y declaró enfáticamente ante el gentío reunido:

—Como sabéis yo poseo el arte de curar. Muchos de vosotros estabais poseidos del mal; vuestras entrañas anidaban alimañas que os querían robar la vida, y os he curado mostrándoos siempre la causa de la enfermedad. Por eso creéis en mí. Siempre os hablé con franqueza y en esta ocasión no puedo dejar de revelaros el inmenso peligro que se cierne sobre todos los habitantes de la toldería. Dos de nuestros niños más queridos están enfermos, muy enfermos, y el mal no les nació dentro sino que les vino de lejos. . .

Al oír estas palabras un rumor de asombro onduló sobre los indios como una ola que no llegó a romper en espuma de voces.

—El mal viene de un hombre — continuó Concoat — cuya alma está corroida por la envidia y, para nuestra desgracia, tiene como yo poder

sobre la vida y la muerte, pero no como yo al servicio del bien: él es el que nos ha enviado el maleficio.

Ante esta declaración de su hechicero los reunidos no pudieron reprimirse y a gritos le pidieron que revelase el nombre del malhechor. Ya le recordía un poco la conciencia por haber ido demasiado lejos en su calumnia, pero ante el enérgico requerimiento se sintió obligado a contestar:

—El que os manda el maleficio es Jalits, el hechicero de la tribu que ahora está acampada a orillas del lago Shaipot.

En la mente de cada uno de los indios brotó la idea de la venganza, pero germinó y creció en la inmediata acción en tres jóvenes ardorosos que resolvieron partir aquella misma noche para poner fin, con sus propias manos, al poder que los tenía embrujados. Por los matorrales, por la espesura del bosque, por los desfiladeros y las quebradas los guiaba Selcha que ya era baqueano en aquellas comarcas. En esa toldería vivía la joven Atiutá, a la que él requebrara tantas veces, aunque siempre la bella indígena se mostrara esquiva a sus insinuaciones, teniendo que conformarse el enamorado con divisar desde lejos sus apretadas

formas que las sombras del interior de la ruca desdibujaban, volviéndose alicaído bajo el amargo peso de sus ilusiones marchitas. Selcha los guiaba por entre las matas que eran como vellones dispersos de caracul que negreaban sobre la pampa helada, brillante como un ópalo pulido; por los senderos que trepaban por las montañas, semejantes a densos nubarrones que se recostaban en la estepa para aliviar el peso de su preñez.

Desde lo alto de una colina divisaron la muerta claridad del lago Shaipot; a su vera jugaban parlachines los fuegos hogareños de la toldería. Sigilosos se acercaron los jóvenes a las rucas en procura de aquella donde dormía el hechicero. Jalits reposaba confiadamente. Al verlo, un estremecimiento de ira apretó los dientes de los vengadores, que, animados de los más primitivos sentimientos de justicia, se lanzaron sobre el viejo dispuestos a poner fin, de una vez por todas, a sus maléficas influencias. Despertó sobresaltado el hechicero e intentó vocear, pero una fuerte mano le amordazó la boca.

Disolviéndose entre las sombras se apretaron los mozos a los perfiles confusos del nocturno paisaje e iniciaron la vuelta a su campamento le-

jano. Cuando ya el silencio no necesitaba seguir siendo cómplice de la aventura, preguntó a Selcha uno de los jóvenes:

—¿Nos habrá visto alguien?

—Creo que si — contestó preocupado — pero ¿qué importa si hemos salvado a nuestros hermanos?

Al romper las primeras luces del alba la noticia de la muerte de Jalits corrió de ruca en ruca filtrándose con la fresca brisa de la mañana, y primero el estupor, luego la consternación y más tarde el apremiante deseo de saber quienes fueran los asesinos, conmovió a todos. Conocido el relato del testigo que había reconocido a Selcha entre las tres sombras fugitivas, no quedó ninguna duda sobre quienes habían sido los autores del atentado. Y en el acto, siguiendo las huellas, aún frescas, que en los desfiladeros, en el bosque y en la pampa habían dejado los homicidas, partió un grupo de hombres que, armados de dardos y mazas, fueron a vengar la muerte del venerado *johon* asesinado.

Alcanzaron la toldería cuando el sol aún no había alcanzado al cenit; en la tribu todo estaba tranquilo. Los hombres habían salido muy de

mañana a procurar la carne fresca del día; las mozas estaban en el manantial curtiendo los cueros y llenando los cántaros; los niños se habían enredado en el bosque recogiendo la leña con que renovar las hogueras. Tan solo las viejas estaban en el campamento e hilaban en rueda recordando horas que el tiempo se había llevado ya muy lejos en las alas del viento.

De improviso irrumpieron los onas de la tribu del lago y con acres improperios comenzaron a golpearlas furiosamente con sus mazas y, cuando agónicas se retorcían, las ultimaron con sus flechas, descuartizándolas y llamando a los perros para que lamiesen por vez postrera los mortales despojos de los que fueran sus amos. Cumplida la macabra tarea se volvieron a sus carpas donde el río de la sangre derramada logró saciar en algo la sed de venganza de la tribu del lago Shaipot.

Nunca Selcha y los jóvenes que le acompañaran en la memorable expedición nocturna creyeron que la muerte del hechicero habría de causar una reacción tan terrible. Tampoco creyera el inexcusable *jobon* que sus palabras pudieran desencadenar tal enfurecido temporal de odios. Pero ahí estaban ante sus ojos atónitos los ya mal-

olientes despojos de las que fueran, hace apenas unas horas, sus abuelas y sus madres.

Ya no restaba más que un camino: la guerra. Y comenzaron los preparativos. Todas las noches quedaban apostados vigias en las cumbres para otear el horizonte y dar aviso de cualquier movimiento del enemigo. Los cazadores salían a buscar alimento para que no faltase comida mientras durase la contienda, y, por las tardes, ejercitaban su puntería y saltaban para aumentar su agilidad, simulando peleas para acrecentar su capacidad combativa. Algo similar pasaba en el otro campamento: conocedores del carácter de su raza se imaginaban que de un momento a otro sufrirían un ataque. Noticias les habían llegado, además, de los belicosos propósitos y se extremaron las precauciones. Ante la inminencia del combate los guerreros formaron una avanzadilla y las mujeres buscaron lugares seguros donde escondieron a sus hijos, tapándolos con ramas y tierra, alejándose luego a regular distancia para poder desorientar a los atacantes con grandes gritos, en el caso de que la suerte les fuese adversa, y así poder salvar a los pequeñuelos. Ofrecerían su vida gustosas an-

tes de ver saciados en sus hijos los instintos vengativos de los adversarios.

Sobre las lomas que bordean el lago aparecieron los atacantes: sus rostros y cuerpos pintados de rojo, sobre las cabezas el *cochel* y, pendiente del brazo izquierdo, la capa de guanaco que les servía de escudo. Venían completamente desnudos. Avanzaron lentamente ubicándose a escasa distancia de la vanguardia: así quedaron contemplándose frente a frente las tribus enemigas sin decidirse a comenzar el feroz combate. Para provocar a los sitiadores resolvieron los sitiados elegir entre todas las mozas a la que fuera más bella y, desnudándola, la pusieron fuera del parapeto incitando a los atacantes de esta manera:

—Ved que lindas mujeres tenemos; venid a buscarlas.

El reto desencadenó la refriega y millares de saetas se cruzaron de bando a bando como un feroz diálogo de vida o muerte. Las flechas silbaban incrustándose en las improvisadas trincheras y aquellas mejor dirigidas mordían en las tostadas carnes de los indígenas, causando las heridas desgarradores gritos de dolor que crivaban la calma sosegada del valle.

Pálido se quedó Selcha al reconocer la figura de la india que sus enemigos habían colocado al frente de las líneas. Allí estaba Atiutá a quien tanto amaba y que, por su culpa, habían desnudado provocando con la belleza de sus formas las furias de los sitiadores. ¡Ah si aquella noche él no hubiese guiado la venganza hasta la carpa de Jalits! Pero el arrepentimiento del muchacho no disminuía el ardor del combate, y el enamorado presintió que estaba próximo el momento fatal en que un dardo, al atravesar el corazón de Atiutá, mataría para siempre la ilusión que hace tanto tiempo abrigaba de compartir con ella su futuro.

La lucha estaba en lo más encarnizado y el recorrido de centenares de saetas parecía atar con hilos de luto a las trincheras enemigas. De pronto surgió entre los parapetos la recia figura de Selcha que, al principio reptando entre los riscos y luego incorporándose en veloz carrera, se dirigió hasta donde había un grupo de caballos que tascaban indiferentes sus frenos en la retaguardia. De un salto se montó a la grupa de un animal y, aprovechando que el estupor de los combatientes calmara un instante la pelea, como un rayo llegó

hasta las defensas que formaban el pedestal de la bella Atiutá, y ante el asombro de todos, en un rápido movimiento tomó a la joven de la cintura y la raptó en su corcel, internándose en la espesura del bosquecillo que manchaba de verde la pampa y cuyos últimos árboles se miraban como narcisos en el espejo del lago.

Repuestos de la sorpresa que les causó la rápida maniobra de Selcha, los enemigos, afanados los unos en dar caza a la joven e impulsados los otros por el deseo de ultimar al audaz raptor, desviaron su ofensiva contra los refugiados del bosque. En corto lapso los rodearon y apretaron el cerco cautelosamente para evitar su evasión.

Atiutá estaba como desvanecida y parecía no apreciar lo crítico de la situación. Selcha, a su lado, la acariciaba con su mirada tierna que transparentaba el inmenso amor que por ella sentía. El agudo silbido de un flechazo lo despertó a la terrible realidad. No había salvación, pero había que luchar hasta el fin. Llevó a Atiutá al lugar más seguro que pudo encontrar, y resueltamente se dispuso a vender cara su vida.

El cerco, como una enorme tenaza, se apretaba más y más. El joven en rápidos movimientos

esquivaba los dardos enemigos y replicaba con certera puntería. De pronto, cuando ya empezaban a faltarle las fuerzas, llegó suavemente a su oído una voz que le decía:

—No desfallezcas: Atiutá está contigo hasta la muerte.

La frase de la joven renovó las energías del guerrero que multiplicó su acción de manera sorprendente. Ya no luchaba por su vida. ¡Que le importaba a él la vida! Luchaba en defensa de su felicidad recién nacida.

Largo tiempo se prolongó la lucha y la joven pareja no se rendía. Los atacantes, ante tan inusitada resistencia, resolvieron hacer una tregua, a fin de trazarse un plan de ataque más eficaz. Y sin darse cuenta de ello, los que hace un instante eran enemigos mortales, colaboraron para encontrar el medio de reducir a la pareja que se escondía en el corazón del bosque. Aprovechando esta circunstancia, el *jobon*, aquel que sin reparar en escrúpulos había lanzado con su vil calumnia a las tribus al feroz combate, habló a los guerreros de esta manera:

—Aquí estamos reunidos los que fuimos amigos ayer y enemigos hoy, y deliberamos pacífica-

mente, olvidando nuestros odios y rencores, porque nos une un deseo común de venganza. Esos dos que contra nosotros luchan en defensa de sus vidas, están unidos por algo mucho más grande: el amor. Si nosotros por venganza nos juntamos, dejemos que ellos por amor se unan para siempre.

Convencieron a los guerreros las palabras del *jobon*, y deponiendo las armas, dejaron salir a Selcha y Atiutá, que unidos demostraron a los indios que al menos de esta terrible hoguera se había aprovechado una brasa para encender con ella el fuego de un hogar.

EL LLANTO DEL BOSQUE

Al principio la inmensa isla estaba desierta, absolutamente desierta. La tierra y el agua — me dijeron al empezar el relato de este cuento — se hicieron al mismo tiempo en todas partes, pero los árboles no brotaron todos el mismo día, ni los pájaros nacieron todos a la misma hora, ni las flores se abrieron todas a la vez en unos campos y en otros. En cuanto a los hombres — me explicaron también — debes saber que aparecieron muy lejos de aquí, en lo más alto de una montaña siempre vestida de verde, donde el sol alumbra siempre y caliente mucho, donde las lluvias caen torrenciales y se anuncian con grandes redobles de tambor cuyos ecos bajan por es-

calas de luz que deslumbran y matan; a estas costas tardaron mucho tiempo en llegar, porque este es el fin del mundo: quien camine un poco más caerá en el abismo de los malos espíritus que obedecen al dios blanco, que es el que hace la nieve y empuja al vendaval. Durante miles y miles de lunas aquí no había ni un árbol, ni una flor, ni un pájaro. Las cumbres se perfilaban totalmente desnudas sobre un fondo de cielo siempre gris, como empolvado de ceniza, y las llanuras se extendían yermas y yertas, sin una planta siquiera que rompiese su monotonía.

Aquella silenciosa y helada soledad tuvo su fin cuando apareció sobre las islas de Oriente la estrella fugitiva de la melena lanuda. El invierno había sido muy cruel, pero el verano avanzó a saltos, con ímpetus fogosos que nunca jamás volvieron a conocerse. Calmaron los vientos del mar grande, y tibias brisas que venían de la tierra sin fin perfumadas con mil aromas, trasportaban semillas raras que, apenas enterradas, brotaron como por mandato de hechicero. Realmente aquello parecía cosa de brujas. A la hora menos pensada, por esta inmensa isla negrearon los bosques, y entre los bosques se abrieron flores

preciosas, y muchos árboles de flor dieron frutos que se podían comer. Parece ser que la abuela de la abuela de Kupaen aun pudo ver, siendo niña, algo de lo que quedaba de este paraíso.

Fué entonces cuando llegaron a la isla dos pequeñas embarcaciones, de las cuales todos por acá oímos hablar: una vino por el Pacífico, hilvanándose por los canales australes, y arribó tan cansada, tan fatigada de bracear, con los remos tan ateridos de frío, que por poco no se ahoga antes de llegar; la otra por el Atlántico, mar afuera de los arenales patagónicos, y vino alegre y lozana, con su gran vela de lino al viento, blanca y pura como un velo de novia. Cada uno de los barcos buscó su recalada y de cada barco surgió un hombre: uno era pequeño, de brazos muy fuertes, de pelo muy lacio, de piel muy tostada, de ojos muy vivos, de voz muy sonora; el otro era alto, de piernas muy largas, de pelo muy rizado, de color muy pálido, de ojos muy sumisos, de voz muy velada. El uno se llamaba Agusá y el otro se llamaba Ubira. Ambos se pusieron a caminar tierra adentro, y al fin se encontraron una tarde cuando el sol, soñoliento y entumecido, empezaba a abrigarse en las primeras sombras noctur-

nas. Se miraron, hablaron cada cual a su modo pero entendiéndose muy bien con los gestos, y quedaron amigos. Cortaron unas ramas, prepararon una buena pira, golpearon sus piedras de fuego y encendieron una hoguera junto a la cual se acurrucaron. Así pasaron los dos indios forasteros su primera noche austral.

A medida que el tiempo transcurría, mayor se fué haciendo la amistad entre estos dos únicos habitantes de la Tierra del Fuego. No se separaban nunca y en el esfuerzo se ayudaban y complementaban, que el uno enseñaba al otro sus artes nativas y aquél adiestraba a éste en las faenas que le eran familiares. Juntos pescaban, juntos salían a cazar, juntos exploraban el indiviso feudo, juntos recordaban la remota choza y la ruca lejana, y juntos soñaban en lo por venir. Y eran felices, absolutamente felices en su intimidad.

Pero he aquí que una cierta mañana aconteció algo inusitado. Estaban desollando un guanaco cuando oyeron un grito que estremeció el hayal, un grito humano, un grito de alguien que se dolía. Se miraron consternados. Creyeron al principio que fuese el aullido de un zorro, pensaron después que acaso se tratase de la aparición de

algún alma en pena, sospecharon al fin que fuese cosa de hechicería, pero el grito se repitió, ahora más próximo y sin dejar lugar a dudas: era un grito humano. Alborotaron ellos a su vez y avanzaron hacia la espesura, no tardando en ver que del matorral salía una mujer. Vacilaron entre escapar y atacarla, mas la pobre muchacha los miró con tal dulzura y tanta gracia que acabaron por acercársele rendidos. Era una mujer esbelta, rubia, alba como la misma nieve, con unos ojos enormes que a veces de tan azules parecían quedarse blancos y a veces verdeaban como el agua de las lagunas muertas. ¿De dónde venía aquella mujer? ¿Adónde iba? ¿Qué quería? El caso es que ella se les acercó familiarmente, los saludó como a antiguos conocidos y, sin esperar ofrecimientos, avivó las brasas y puso la carne del guanaco al fuego.

Los primeros días los tres compartieron la misma carpa en alegre y locuaz camaradería. Ella estaba muy contenta y ellos ni se tomaban la molestia de recatar su dicha. Ya somos tres a cazar y a pescar — pensaban, — y así trabajaremos menos y comeremos mejor. La tierra fueguina habría sido un verdadero edén si el más joven de los

indios no hubiese caído enfermo; pero es el caso que enfermó, y tan grave se puso, que una noche, después de largos delirios, se quedó como muerto. Su amigo lo miraba ensimismado, absorto, sin saber qué hacer ni qué decir, pero ella, que le profesaba un gran cariño y por naturaleza era muy expresiva, que todas las mañanas lo obsequiaba con tiernas callampas y sabrosos calafates que iba a buscar con afán apenas rompía la aurora, empezó a llorar y a mesarse los cabellos y, cuando lo vió todo perdido, se avalanzó sobre el moribundo y lo cubrió de besos y caricias. ¡Ubira! ¡Ubira! —sollozaba—. Nunca más mis ojos volverán a verte... Nunca más mis manos volverán a entrelazarse con las tuyas... ¿Por qué no nos morimos nosotros también para estar siempre contigo?

Salvóse el enfermo, pero en la carpa se perdieron para siempre la confianza y la alegría. Agusá, acribillado por los celos, acabó por odiar a su compañero cuya muerte deseaba desde lo más íntimo de su alma. Aquello se tornó un infierno. Se separaron, cada cual hizo su albergue y ya sólo de tarde en tarde se encontraban, más para discutir y pelear que para conversar y ayu-

darse. Cuando Mirr los acompañaba —que así llamaban a la aparecida, recordando el grito que lanzaran cuando la vieron por primera vez— se recataban y moderaban un poco, no por respeto sino por vergüenza; pero cuando se quedaban solos ¡qué de injurias y denuestos se decían! El uno pensaba: no debo matarlo porque ella odiaría al asesino y tarde o temprano Ubira, que ha quedado muy débil, volverá a recaer y acabará por morir. El otro meditaba: es mejor esperar; ella me ama y acabará por venirse para siempre conmigo. Y lo cierto es que Mirr quería a los dos por igual, porque en ambos encontraba bellezas y virtudes alternadas.

Una vez que la joven se retrasó más de lo acostumbrado, Ubira fué intranquilo a preguntarle a su vecino:

—¿La has visto por casualidad?

—Eres tú el que debes seguir sus pasos, y si por acompañarla no vuelves más, tanto mejor para mí.

Y con este principio de diálogo, que subía de tono a medida que la disputa se agriaba, acabaron por lanzarse el uno contra el otro en salvaje pelea. Parecían dos perros rabiosos acometién-

dose. Cuando quedaron cubiertos de sangre y medio despellejados, Mirr apareció a lo lejos y les gritó: sosegáos y haced la paz, porque sino seréis malditos. Pero ellos no se importaban por Mirr sino de sí mismos, de desahogar aquel odio miserable que les tenía anegado el corazón.

—Abrazáos en mi nombre, sino, por segunda y tercera vez os digo que seréis malditos —volvió a clamar Mirr, que en lugar de aproximárseles se alejaba.

Y ellos, sordos a las tiernas súplicas, continuaban su lucha con mayor encono.

La maldición cayó en verdad sobre los contendientes. Poco a poco, a medida que la lucha redoblaba los rencores, se iban transformando en los animales más despreciados y asquerosos: primero quedaron convertidos en sapos, luego en culebras, después en lagartos. No se veían, pero veían todo lo demás: los peñascales, los árboles, los riachos... y veían a Mirr que los contemplaba dolorosa desde muy lejos, desde lo más alto del cerro más distante, y que también se iba transformando hasta ser una sombra, y luego una lla-

ma, y después un resplandor que se apagó para siempre al encenderse el tremelucir de la primera estrella.

En la aurora del nuevo día Ubira y Agusá eran dos pájaros, dos pobres pajaritos marcados con todas las señales de la pelea: uno tenía las plumas de la cabeza revueltas y los ojos desorbitados sin medida, y el otro todo el pecho encarnado por la tanta sangre vertida.

Por estas tierras del sur todos sabemos que las avecillas se llaman chingolo y loica, pero sólo los indios conocen su verdadera historia, esta triste historia que a mi me contaron y que yo he querido transmitirlos con la mayor fidelidad posible. La gente de campo, que observa cómo redoblan la algarabía de sus píos cuando pasa una mujer, les guardan religioso respeto. En cambio los forasteros, que a todo lo nuestro se sienten extraños, los oyen indiferentes, los miran con desdén, y siguen viaje sin comprender que en estos trinos que sollozan en las ramas más altas de los árboles, se están recitando las más tiernas e inconsolables elegías de amor.

EL CASTIGO

Se ocultan desde niños; y sus familias luchan desde tiempos remotos experimentando hechos que rivalizan en el destino sobre las tribus circunvecinas. Se caracterizan por cuanto se puede imaginar de diferentes y agrestes Castales primitivos, melancólicos, suaves de palabras y ásperos de hechos, intrigueros, ácidos, caribios, apocados de sol a sol pescando a la orilla del lago, sembrando remanidos que luego las viejas repiten a los niños, y de noche, cuando los muertos se aparecen en forma de orugas sembrando el livido poder de la luna, salen al descampado para mayor consueño con ellas y contarlas en sueños.

—Cuanto ha de ocurrir volverá, lo que ha ocurrido en — pensó, y se entregó inclinado al

Se odiaban desde niños; ya sus familias luchaban desde tiempos remotos capitaneando bandos que rivalizaban en el dominio sobre las tribus circunvecinas. Sus caracteres eran cuanto se puede imaginar de diferentes y opuestos: Costelen sentimental, melancólico, suave de palabras y deseos, transigente, dúctil, cariñoso, apacible; de sol a sol pescaba a la orilla del lago, salmodiando romancillos que luego las viejas repetían a los nietos, y de noche, cuando los muertos se aparecían en forma de estrellas acentuando el lívido pavor de la luna, salía al descampado para mejor conversar con ellos y contarles sus cuitas.

—Cuanto ha de ocurrir sobrevendrá, lo queramos o no — pensaba, y se entregaba indolente al

perezoso remolque de las horas sin acusar un gesto de contradicción. Aneken, en cambio, era violento, irascible, despótico; solitario siempre, pasaba su vida cazando en la más tupida espesura de los bosques, buscando en la presa, más que la satisfacción de las diarias necesidades, el placer morboso de malherir al indefenso animalillo y de ver cómo acababa de morírsele entre las manos. No sabía lo que era un afecto, ni un cariño, ni un amor; cuando los camaradas conseguían hablarle y le preguntaban por qué no se preocupaba de buscar una compañera, respondía displicente: ¿para qué? Yo me basto solo.

Un día se encontraron, después de mucho tiempo. Costelen era feliz con su mujer, escogida al tiempo de la iniciación, la cual sabía retribuirle pródigamente todos sus desvelos y zalemas. Aneken, siempre nómada como un proscrito, había perdido hasta el recuerdo de su choza nativa. Uno venía de pescar y el otro de la cacería; aquél con el zurrón vacío, y contento de que sobre su conciencia no pesara ni la muerte de un pez, y éste con el pecho y la espalda cruzados de chimangos y gallinetas destripadas que, en bandolera, le pintaban hasta la rodilla espesos manchones de

sangre. Se cruzaron en la estrecha senda que bordeaba el ventisquero. En los últimos encuentros Aneken había querido pelear, como siempre, pero Costelen rehuía afablemente las disputas pensando que su vida significaba mucho en la felicidad hogareña. De esta vez, con el mínimo pretexto de quién cedía a quién el sendero, se dijeron unas palabras ásperas, que estallaron como latigazos, y se acometieron con el mismo furor de los primeros años. Aneken, fuerte como un roble, poderoso como un toro, ágil como un puma, derribó a Costelen y machacándole la cabeza con su maza pudo darse el placer de sentir entre los dedos la sesera caliente del vencido.

Cuando llegó a la toldería la noticia de la lucha y el desastroso fin de Costelen, un clamor de llantos irrumpió unísono, entrecortado por los ayes lastimeros de la pobre viuda, que pedía a los dioses venganza contra el asesino que así saltaba a destrozarle sus risueñas esperanzas. La tribu entera exteriorizaba su dolor con gritos desgarradores. Las mujeres se revolcaban desmelenadas por el pedregal, batiendo la frente contra los guijos más duros, y los hombres se dolían con lamentos que aullaban como el vendaval de las borras-

cas. Olengue, la viuda, se arañaba y se cortaba las carnes con esquiras de huesos que punzaban entre los coágulos como puñales suicidas. Hombres y mujeres, viejos y niños, se cortaron el cabello dejándose apenas un cerco de guedejas que los hacía siniestros, y se pintaron la cara de negro para expresar mejor el duelo, pintura que había de mantenerse seis meses para cumplir el rito fúnebre.

Trajeron el cadáver sobre unas angarillas y, de acuerdo con las antiguas tradiciones, lo envolvieron en su propia capa entablillándolo para mantenerlo rígido; lo enfajaron después en lonjas de cuero, delineándole con cuidado la cabeza, y a su alrededor profirieron enloquecido clamoreo cuyo rumor se extendía leguas y leguas a la redonda. Quemaron todas las vestimentas del difunto y, a la mañana siguiente, al salir el sol, fueron a enterrarlo al pie de una barranquilla cubriendo la sepultura de modo que nadie pudiese reconocerla y profanar el cadáver, oculto bajo una gruesa capa de piedras para que los zorros —los zorros malditos— no huroneasen jamás en los restos queridos. El *Mehn*, el alma, el espíritu del muerto, ya estaba muy lejos presenciando impasible las ce-

remonias, pero los huesos aquí quedaban, lejos de los caminos, por donde habitualmente nadie transitaba y nadie, por lo tanto, correría peligro de maleficio.

Cumpliendo preceptos ancestrales los parientes se ocuparon del sostenimiento de Olengue, pero Aneken, haciendo valer sus derechos de homicida que mata en franca y noble lucha, y en realidad deseoso de apuntar en su favor la última victoria sobre el desdichado enemigo, concertó matrimonio con la viuda.

Se casaron y los primeros tiempos de esta nueva unión transcurrieron sin pena ni gloria.

Poco a poco en el rudo cazador montañés se fueron experimentando notables transformaciones que lo elevaban de su baja condición selvática a las amables convivencias sociales, mostrando insospechada sensibilidad a medida que se tornaba más humano. Ya sentía el deleite de una compañía respetuosa que se afanaba por cumplir el deber de prestarle ayudas, por pequeñas que fuesen; ya apreciaba los regustos conyugales, y se ataba en ellos con dulce complacencia; ya gozaba el encanto de adormecerse en diálogos que se prolongaban ensartados en los primeros parpadeos

del sueño. Sabía que Olengue no le estimaba, pero una esperanza recóndita le anunciaba que alguna vez podría conseguir su estima, y por su parte —esto no podía disimularlo—, sentía hacia la esposa un afecto leal que creciendo día por día le anticipaba los encantos de un verdadero amor. Para granjearse su admiración y su estima no vaciló en emprender empresas arriesgadas y difíciles, que nadie en la toldería hubiese tentado: desafió con valor temerario a todas las tribus enemigas, mató pumas feroces que asolaban la comarca, pescó ballenas con arrojo asombroso, cruzó el lago en una prueba de natación que admiró a todos, pero Olengue, que no dejaba de reconocer su coraje y su destreza, continuaba sin amarlo. Acariciaba a los niños, respetaba a los ancianos, protegía a los débiles, regalaba a las mozas, cedía siempre su lugar a cualquier vecino que le disputase, socorría a los pobres, y así consiguiera primero el perdón, después el respeto y más tarde el afecto de cuantos lo rodeaban.

Pero Olengue seguía sin poder amarlo, a pesar de ser dócil y amable con él. Nunca pudo Aneken reprocharle una desatención, una palabra áspera, un gesto displicente, hasta el punto de que

todos los miembros de la tribu estaban convencidos de que ésta era la pareja más feliz y dichosa de la isla, y la ponían como un ejemplo, para consuelo de los viejos y esperanza de los jóvenes. Sólo ante Aneken y Olengue estaba clara la gran mentira. Y él se preguntaba, confundido en angustiadas dudas: ¿qué más puede querer? . . . Suyo es el hombre más valiente de la toldería, el cazador afortunado, el caminante incansable, el amante generoso; suyos son, gracias a mi valor y destreza, los collares más lindos, las pieles más raras, las diademas más valiosas, los manjares más apetecibles, esta ruca, en fin, que es nuestro orgullo y la envidia de todos . . .

Mas he aquí que una noche, cuando se despertó, náufrago en el embravecido océano de sus cavilaciones, percibió que Olengue soñaba en voz alta diciendo palabras dulces como la miel, olorosas como los jacintos, coruscantes como los luceros, y oyó que al final pronunciaba un nombre que le brotaba entre los labios letra a letra: ¡Costelen! No se desesperó, a pesar de todo, y aun llegó a sentir el placer de perdonarle aquel recuerdo que, desvaído, revivía un instante los primeros amores.

Otra noche la escena se repitió, pero ahora con

caracteres más sombríos: al nombre de Costelen, dicho otra vez con inefable ternura, siguió el suyo —Aneken— y este segundo nombre dejó tras de sí una estela de estremecimientos pavorosos. Y aún otra noche, también en el sopor de la pesadilla, Olengue cruzó los dos nombres, y en el temblor de sus manos, en el estremecimiento de su piel, en la mueca afligida de los labios, notó que el nombre resucitado seguía palpitando apasionado y el suyo se hundía en un pozo sin fondo de desprecios. No pudo más; se levantó, se abrigó bien en la capa, empuñó el arco y salió de la carpa dispuesto a no volver.

Nevaba copiosamente. La pampa parecía un inmenso sudario dispuesto para el sepelio de un gigante, y la luna llena tenía cualquier cosa de calavera corroída. Un silencio de tumba pesaba sobre el paisaje desolado. Los pasos marcaban en la nieve huellas de un éxodo que el viento se encargaba de borrar para evitar cualquier posibilidad de retorno. Caminaba cada vez con más prisa; era preciso alejarse cuanto antes de aquel lugar nuevamente siniestro, donde recibiera el castigo impensado a toda su vida miserable. Obsesionado con sus preocupaciones se perdió en el

páramo y se adentró en el bosque que marcaba el último ribete de la falda montañera.

Una idea lo perseguía atrozmente. ¿De qué vale ser bueno? — pensaba desilusionado—. Cuando erraba por las sierras consiguiendo sin escrúpulos cuanto quería y castigando sin piedad a quienes se atrevían a cruzar mi camino, no era querido, bien lo sé, pero al menos era respetado. ¿De qué me ha servido humillarme si no he conseguido el cariño de esta mujer, por la cual habría realizado todos los sacrificios imaginables? La vida es lucha y nada se consigue en ella con buenas palabras; sólo con la fuerza se puede entrar en el corazón humano. Sin embargo. . . Y Costelen volvió a surgir en el fondo de su conciencia con un gesto de dulzura que negaba las duras razones del cazador, porque Costelen —tan suave y mimoso— había conseguido todo el amor de aquella Olengue, que él sólo conociera huraña y esquiva. Tuvo horror y vergüenza de sí mismo. La sombra del rival asesinado continuaba su venganza implacable: lo castigara en aquel terrible drama de los tres sueños y lo volvía a castigar ahora en este frío examen de conciencia, en este desalentador mirarse a sí mismo, en este repug-

nante verse por dentro, en cuya contemplación sólo advertía bajeza y mezquindad.

Continuó caminando en la espesura sin saber hacia dónde, perdido en la inmensidad boscosa que lo apretaba cada vez más en un cerco de sombras impenetrables. Varias veces se detuvo instantáneo creyendo que lo seguían. Estaba como loco. De pronto oyó unos gritos que parecían decir *cuju-cujo*, en el trágico castañetear que horrorizaba a los guerreros más valientes: era *Hasbe*, el espíritu del árbol seco, que se acercaba queriendo estrangularlo; oyó las pisadas ágiles de *Kemanta*, el espíritu del árbol vivo, que estremece de susto a las mujeres cuando se aparece en la alborada coronado de musgo y con un gran manto de verdura; vió el palo justiciero de *Short*, el espíritu de las piedras blancas, que alcanza en su castigo a los que se creen más seguros; notó las manchas coloradas y blanquecinas de *Oleming*, el espíritu del cielo, benéfico para todos menos para él, que le pasó ante los ojos arrastrando de la mano a *Jalpen*, la esposa velada de nubes, que mañana lloraría lluvias diluviales lamentando la desventura de este encuentro; rozó la túnica llameante de *Tano*, la diosa

ruin que viene de las entrañas de la tierra para llevarse a los condenados al Averno; oyó a Yose quebrando ramas para su hoguera maldita que no puede encenderse nunca. Lívido de espanto, horrorizado, temblando como un endemoniado, quiso gritar y no pudo, quiso correr y se le doblaron las piernas, quiso disparar el arco y sintió que los brazos le quedaron agarrotados. Entonces se le apareció *Keternen*, insinuante y sedoso, y percibió que los ánimos le renacían, y esperanzado en su ayuda se lanzó tras él en carrera vertiginosa. Era un dios joven, ímpuber, que sonreía como los ángeles. ¡Ah si él hubiese tenido un hijo así! Lo habría querido con toda el alma y en él habría encontrado la salvación. Lo llamó a gritos cuyos ecos, de grandeza paterna, debieran haber conmovido hasta las rocas, pero *Keternen*, el hijo de la imaginación, el hijo soñado, el hijo sólo posible en esta noche de fracasos totales, le huía veloz como una flecha. Aneken corrió, siguiéndolo, como náufrago a quien le llega una balsa al roce de los dedos, y en plena carrera, cuando orillaba un precipicio que caía vertical sobre un abismo de infiernos, sintió que lo llamaban desde el fondo y vio los cuer-

nos tiznados de *Jachai*, el espíritu de las piedras negras, que atrayéndolo con el vaho inmundo de su boca inconmensurable lo sepultó, barranco abajo.

El silencio absoluto de la noche se estremeció con el opaco golpeteo del cuerpo de Aneken que, batiendo de roca en roca, fué a ensangrentar aquel hilo finísimo de agua pura que susurraba en el tajo: lágrima venida desde las agujas impolutas donde Costelen lloraba su destino, Costelen que, en este instante, vencía para siempre al brutal cazador.

LAS DOS FLECHAS

Ya estaba todo un poco cansado. Había salido de la estancia cuando el sol desaparecía, y no se detuvieron ni por cumplir el imprescindible pero rutinario de descomodar un tanto de más. El profesor Howard, el profesor de geometría como lo llamaban los alumnos de sus discípulos de la Universidad de Epsom, iba por bien estudiadas tanto materias pecuniarias que al fin había recogido cierta florecilla manuscrita que no estaba consagrada por el doctor no sé qué en el libro no sé cuánto. Pagar se decía de él no lo-ja del mundo al ruido, con falta de las habilitadas preocupaciones que no le dejaban ni tiempo para pensar un poco en sí, ajeno a los mil negocios

Ya estaban todos un poco cansados. Habían salido de la estancia cuando el sol despuntaba, y no se detuvieron ni para cumplir el imprescindible rito turístico de descorchar un termo de café. El profesor Howard, el *pescador de acuarium* como lo llamaban burlescamente sus discípulos de la Universidad de Boston, daba por bien empleadas tantas molestias pensando que al fin había recogido cierta florecilla minúscula que no estaba catalogada por el doctor no sé qué en el libro no sé cuantos. Peggy se sentía feliz tan lejos del mundanal ruido, tan fuera de las habituales preocupaciones que no le dejaban ni tiempo para pensar un poco en sí, ajena a las mil tonterías

diarias en cuya red fuera dejando las mejores ilusiones de su vida. Jack estaba radiante galopando por las lomas en el brioso zaino y ensayando el difícil arte de disparar el arco, arte en el cual ya era casi maestro. Sólo Mr. Shaw estaba indignado y vociferaba sin miramientos.

—Este paseo me parece absurdo. Con lo bien que estaríamos ahora jugando una partida de bridge.

—¿Pero no le impresiona esta soledad, este silencio, este paisaje desprovisto de adjetivos por el cual nuestra alma se va sin obstáculos? —argüía Peggy apasionada.

—¿A mí? Pero ¡hija mía!... ¿Es que crees que juego a ser personaje de novela? Me contento con leerlas y eso ya es bastante.

Inmóvil, como petrificado, se dibujó en la lejanía el sobrio perfil de un guanaco. Al verlo Jack, espoleando su caballo, se lanzó en pos de él como una exhalación y, galopando como un centauro, le disparó un flechazo. Ni la destreza del cazador aminoró la furia de Mr. Shaw.

—La que es a mí, no me complican más en estas bromas de mal gusto. Ya se pueden ustedes dedicar a la busca del trébol de cuatro hojas, a

jugar al piel roja como lo está haciendo Jack, o a otras distracciones por el estilo, pero no vuelvan a contar conmigo. Me quedaré en Tierra del Fuego hasta que les dé la gana — porque no me queda otro remedio, — pero se acabaron las excursiones. Y, dicho sea de paso, ¿no creen Vds. que ya es la hora de almorzar? A no ser que en tu argumento, Peggy, tenga yo el papel del ovejero que se muere de hambre abandonado en la pampa.

—Tal vez sería preferible buscar un lugar donde estemos al amparo del viento —insinuó tímidamente el esquelético profesor Howard.

Una hora más llevarían de camino cuando Peggy alcanzó a descubrir en la distancia una carpa que se abrigaba en el oasis de un robledal. Hasta los caballos animaron su trote, ya un poco desfallecido, llegando en menos de lo que se cuenta a una pobre kaoue de onas.

—Esto es lo único que nos faltaba —bramó míster Shaw, tratando de prender su pipa que el viento se obstinaba en apagarle.

Un anciano, una joven y dos chiquillos se levantaron a la llegada de los huéspedes saludándolos con largas frases melosas que desde el pri-

mer momento cautivaron la ardorosa imaginación de Peggy.

—¿Qué dicen estos salvajes? —preguntó secamente el único que podía permanecer insensible a las manifestaciones hospitalarias de los indios—. A ver, profesor; pruebe que sirven para algo todos esos libracos que trae encima.

Y el buen profesor Howard, con una paciencia digna de Job, y un poco colorado como el mal estudiante que rinde sus primeros exámenes, fué traduciendo a su manera:

—*Haid*, padre...; *kaoue*, casa...; *bauke*, fuego...

—En fin: una escuela Berlitz a la intemperie —refunfuñó el viejo malhumorado.

Los expedicionarios se instalaron a su gusto, como en terreno conquistado, mientras el viejo indio y los chicuelos desaparecían, balbuciendo mil excusas, en el interior de la ruca. La joven indígena se quedó de pie junto a la hoguera: parecía una diosa extraña y alucinante, a la cual rendían inconscientes holocaustos peregrinos remotos que, sin saberlo, se enredarían en su hechizo milenarrio. Mr. Shaw la miraba con desconfianza temeroso de ser víctima de cualquier deslealtad; el

profesor Howard la analizaba cuidadosamente, calculando la cantidad de páginas que ocuparía en su libro de notas; Peggy la contemplaba con piedad y envidia, complicándola apasionadamente en sus meditaciones noveleras; Jack, inocente y despreocupado, no reparaba en ella, más atento a arreglar los mandiles y monturas de la caba-llada.

—Profesor —pidió Peggy curiosa—, pregúntele cómo se llama.

Y la joven india, que más entendió los gestos de la forastera que el runruneo perezoso del naturalista, respondió tan suave y dulcemente que parecía hilvanar un rosario de besos:

—Seikalbara.

Todos menos Jack comprendieron a quién dirigiera su nombre, y por qué lo cantara con tan deliciosa entonación. En el corazón de la indiecita, virgen aun de risas y de lágrimas, otra vez surgió el mito del hombre blanco, ahora encarnado en el recio muchacho norteamericano que reía estrepitosamente y accionaba sin compás. Pero él no alcanzaba a captar estas sutilezas sentimentales; en su vida, alternada entre los estudios obligados y los deportes placenteros, sólo podían

entrar de vez en cuando unos chistes picantes y unos besos perdidos de ésta o aquella compañera de clase, que se recibían sin mayores deseos y se devolvían sin mejores esperanzas.

—¿Verdad que es linda? —preguntó Peggy maliciosa mirando de través las formas cohibidas de Seikalbara, que acentuaban la tersura de su piel olivácea, tibia bajo la mullida capa de quillango.

—Sí, sí —respondió Jack—. ¡Qué gracioso si nos la llevásemos a Boston!

En un desahogo, en el que salían a borbotones orgullos patrióticos, temores paternos y suspicacias plutócratas, Mr. Shaw clamó:

—¡Gracias a Dios que somos yankees!

Acabado el lunch, mientras Peggy se retocaba y el naturalista recontaba sus yerbajos, Jack se consideró obligado a recompensar la hospitalidad recibida con alguna de sus galanterías menos difíciles: la sonrisa insípida con que se despide a una desconocida. ¡Y cómo la agradeció Seikalbara! Ternuras ilimitadas le subían a los ojos; un vaho, que le brotaba desde lo más profundo de su ser, le agitaba los labios, y un temblor, sólo para los viejos perceptible, estremecía sus manos

como nunca dispuestas a los cálidos apretones confidenciales.

—Debíamos dejarles unas monedas —propuso alguien.

—Agradecerían más el resto de la comida.

—Tal vez fuese mejor una prenda de abrigo...

Como quien lleva naranjas al Paraguay, Jack resolvió las dudas regalándole su arco blasonado con el aparatoso *Made in U. S. A.* Seikalbara sólo vió el gesto, y se lo agradeció tan conmovida que ni palabras tuvo para decir las gracias.

Algún tiempo después, ya bien entrado el invierno, se recordó la incidencia en la estancia *María Eugenia*. Ya faltaban pocos días para la partida de los norteamericanos, y cada cual comentaba a su manera las peripecias de la excursión fueguina. Cuando Jack contó la historia de Seikalbara, don Fernando, el anciano y venerable estanciero, desde niño afincado en este rincón del mundo, palideció de pronto y advirtió a su huésped:

—¿Sabes lo que has hecho Jack? Cuando los indios se enamoran temen hablar, porque creen que las palabras perturban la clara serenidad de los sentimientos, y recurren al símbolo. Nosotros

los blancos no vacilamos en gritar nuestros deseos, pero ellos, más humildes y puros, sí. El arco significa toda su vida; es el arma guerrera y cazadora que defiende el terruño y garantiza la comida. Por eso, cuando le aparece en la esperanza la imagen de la mujer que puede compartir su fuego, se llegan a ella y, silenciosamente, se lo ofrecen. Toda la toldería del enamorado se alborota cuando el arco no se devuelve antes del nuevo sol: hay bodas para la luna nueva.

—¿Qué? . . . Sería gracioso que yo acabase casándome con una india. Por suerte sólo la he visto dos o tres veces después del encuentro, así que me parecen ridículas sus insinuaciones.

—¿Le hablaste?

—Pero si no nos entendemos. . . Le sonreí, la saludé desde lejos, y nada más.

—Ella te habrá espiado noche y día.

—Verán ustedes —intervino Peggy—. Ahora, atando cabos, me doy cuenta de algunas cosas raras: creo haberla visto una tarde rondando por aquí cerca y juraría que la sentí una noche por los jardines cuando me acercaba a cerrar la ventana de mi cuarto. Esperen: me parece que fué... lunes..., martes...; sí, fué anteayer.

—Entonces, Jack, ya sabe que te vas.

Don Fernando, lívido y tembloroso, con la imaginación perdida en las viejas fuentes aborígenes, fecundas sólo para los iniciados, advirtió al joven forastero que tan sin escrúpulos entrara a perturbar la sosegada calma del kaoue:

—Piensa, Jack, que estás al borde de un abismo.

El domingo siguiente se celebraba la comida de despedida. El gran salón de *María Eugenia* brillaba como en las mejores solemnidades, repleto de invitados de las estancias vecinas que habían acudido al convite. Lentamente se repetían los cocktails, distrayendo una espera que cada vez se hacía más penosa.

—¡Pero cómo tarda este muchacho!

—Aún no tuvo tiempo de volver; se empeñó en ir hasta *El Carrique* y son más de tres leguas de camino.

—Sí, sí, pero hace mucho que oscureció y el tiempo está infernal.

—Perdóneme, don Fernando, pero estoy de este país hasta la coronilla.

Nevaba copiosamente; fuertes vientos polares batían la pampa y se retorcían en las chimeneas gimiendo como almas en pena. Los perros ladra-

ban amedrentados sospechando sombras que la luz de la luna amplificaba. En el fogón el crepitar de las llamas simulaba risotadas augurales y perversas. La charla decaía y sólo rápidos monosílabos se cruzaban de un lado a otro como luciérnagas fugitivas.

—Creo que debiéramos hablar de cualquier tema alegre —propuso un convidado.

—Considerando estos terrenos desde un punto de vista meramente geológico... —empezó el profesor Howard, como quien lanza, caritativo, un salvavidas.

—No nos venga ahora con estas latas —vociferó Mr. Shaw—. Usted no tiene noción de lo que es la oportunidad.

Volvió a dominar un largo silencio, ahora más pesado, más afligido, más atormentador.

—¡Escuchen! —gritó Peggy confiada.

Nuevo silencio, esta vez tan profundo que hasta se calló el nervioso monólogo de la llamarada.

—No se oye nada —suspiró don Fernando, otra vez hundido en sus presagios.

—Sí —confirmó Peggy— ahí está. ¡Gracias a Dios!

Efectivamente el galope de un caballo a toda

carrera estremecía la llanura, prolongando ecos discordes que se alargaban a los cuatro vientos como el redoble de un tambor. Jack volvía. Peggy adivinaba su figura gallarda, ahora engrandecida por la tragedia. Ya veía sus ojos marinos clareando en la noche.

Corrieron todos hacia el hall, atropellándose. Una gigantesca mano invisible los empujaba. Ya la servidumbre y la peonada, nerviosas de susto, salieran al camino. Los gritos desgarraron el silencio, las joyas lloraron sobre la palidez desfallecida de la nevada, y los smokings pintaron de luto las primeras necrologías del paisaje.

El potro venía arrastrando el cadáver del infortunado muchacho que traía clavada en el pecho la aguda flecha indígena, disparada en la sombra, con que se devolvía aquella otra que el infeliz lanzara, sin querer, entre sonrisas fáciles y gestos amables.

AQUELLA LUZ...

Quisieron era un gran número de personas, no sólo entre los europeos sino también entre todas las tribus indígenas, realmente más la guerra por el oro. La fama que se extendió de a través de los años, se representaba entre los indios como un ser maravilloso y extraordinario. En cuanto a la religión que profesaba, no algunos de los europeos que lo defendían con gran poder, y que la mayor tranquilidad del mundo se acordó al tiempo y, con un número de fórmulas religiosas, se volvió del pueblo una especie de profeta que volvió a aparecer antes de que los países se repudiesen del mundo. Pero y otros profetas lo habían hecho olvidar, y no había día que no llegara algún indio a su cuerpo, muchos de ellos

Oshelton era un hechicero famoso, no sólo entre los suyos sino también entre todas las tribus próximas; realmente hacía curas prodigiosas. Su fama, que se acrecentaba a través de los años, lo representaba ante los indios como un ser verdaderamente excepcional. En cierta ocasión le pidieron que mostrase alguno de los espíritus que le infundían tan raro poder, y con la mayor tranquilidad del mundo se acercó al fuego y, tras un recitado de fórmulas mágicas, se sacó del pecho una especie de paloma que volvió a tragarse antes de que las gentes se repusieran del asombro. Este y otros prodigios lo habían hecho célebre, y no había día que no llegase algún indio a su carpa, muchos de ale-

jadas tolderías, pidiéndole consejos y exorcismos. La tribu entera lo colmaba de honores y regalos, y Oshelten se daba buena maña para acrecentar las ofertas y dádivas; era frecuente encontrarlo con la cara pintada de rojo, lo cual indicaba que estaba malhumorado, promoviendo así que los creyentes corriesen a su ruca, para desenojarlo, con pieles, diademas y otros regalos. En el fondo Oshelten no creía en sus artes salvadoras, pero vivía bien, era respetado y temido, y por nada de este mundo revelaría la verdad que se ocultaba bajo todas sus mentiras.

Su padre, que también había sido un renombrado *jobon*, lo iniciara sabiamente en el engaño, y a sus lecciones añadiera Oshelten destreza, sagacidad, picardía y un conocimiento del medio y de los hombres no por intuitivo menos profundo. En cierta ocasión comenzó a llover, y lloviendo se habían pasado ya tres o cuatro días; asustados los indios corrieron a pedirle que hiciese amainar el temporal.

—No, no; es necesario que llueva mucho más —les dijo.

Y cuando en el atardecer percibió que cambiaban los vientos y juzgó que, lógicamente, iba a

pasar el aguacero, convocó a la tribu y la requirió para el rito. Viejos y mozos pusieron brasas en la punta de sus flechas y dispararon contra las nubes millares de saetazos. La noche se rayó de portentosa lucería; un haz gigantesco de fuegos sagrados trazó sobre la sombra maciza un amplio arco iris que, naciendo de esta última ribera del mundo, iba a morir sobre los últimos linderos del cielo. A la mañana siguiente brilló un sol espléndido y todos quedaron convencidos de que el cambio se debía al poder sobrenatural del hechicero. Ante este nuevo milagro realizado por el mago fueguino, se acrecentó el asombro de los incautos habitantes de la toldería; la fama de Oshelten creció y se extendió inmensamente, y con ella aumentaron las ofrendas de todos sus pacientes y admiradores.

A pesar de tan envidiables halagos, su único hijo, su Minkiol muy querido, se resistía a continuar lo que ya era una tradición familiar. Ante el requerimiento del anciano para que su hijo continuase sus pasos, éste le respondió firmemente, como no dejando lugar a dudas:

—No padre; prefiero irme a vivir con los blancos.

—Algún día tendrás pesar por habernos abandonado.

Se hizo un largo silencio y luego el hijo, con los ojos rebrillantes, preguntó entusiasmado respondiéndose a sí mismo con decisión:

—¿Te acuerdas de aquella carreta que corría sin caballos y que una vez se nos cruzó en el camino sin dejarnos ni tiempo para mirarla? Yo quiero tener una carreta así. ¿Te acuerdas de aquella piragua tan grande, que era toda de hierro y echando mucho humo se nos fué de la vista como un rayo? Yo quiero navegar en una piragua así. ¿Te acuerdas de aquel extranjero que mataba los pájaros con una cerbatana de fuego que a todos nos dejó asustados? Pues un día, mi haid, yo quiero traerte de regalo muchas armas así.

—Ante tu insistencia, hijo, nada puedo yo hacer. Por tu edad ya eres dueño de tus actos. Vete; pero, al menos, parte mirándonos para que no olvides el camino por el que has de volver.

Y Minkiol partió. Durante cuatro o cinco años nada se supo de él, y era ya un hombre cuando apareció en la toldería. Nadie lo hubiese reconocido. Pálido, macilento, desfallecido, las fuerzas lo habían abandonado por completo. Ya no podía

cazar como lo hiciera en su niñez, ya no podía resistir ni cincuenta remadas a la pesca, ya no podía cargar sobre sus hombros el peso de un leño que animara su fuego. Sus ojos brillaban, pero su brillo no era vivo y relampagueante como en tiempos pasados, sino lánguido y lacrimoso; sus palabras eran sonoras y varoniles, pero estaban entrecortadas por una tos seca y persistente que lo agobiaba. A la tarde, cuando el sol desfallecía, era mucho mayor su desánimo, y por las noches le asaltaban fiebres voraces que lo hacían delirar, y por su caldeada imaginación pasaban, en confuso desfile, los agudos tañidos de las campanas, los estridentes silbidos de las sirenas, los letales zumbidos de los motores, y el desprecio del uno y el desdén de la otra, y la curiosidad de éste y la burla de aquél. La ciudad, que en sus ilusiones había visto rica y atrayente, ahora se le aparecía, en estos instantes de fracaso, como una pesadilla de tormento.

En los primeros tiempos de su enfermedad todos se desvivían por atenderlo. Para él las mujeres hilaban los lienzos más finos, para él los cazadores se arriesgaban para traerle las pieles de más abrigo, para él los niños recogían los calafates más jugosos y las mutillas más sabrosas. Pero llegó un día

en que todos comprendieron la inutilidad de los cuidados: la vida huía de él a torrentes y ya la muerte aleteaba impaciente alrededor de su lecho. Entonces, según costumbres ancestrales que no podían quebrantarse, se reunieron los principales de la tribu y, ante la imposibilidad de salvarlo, resolvieron dejarlo abandonado. Su prolongada enfermedad podía traer maleficio sobre la gran familia y, además, ¿para qué tantos desvelos y cuidados si la salvación era imposible y aun podía evitarse el embrujo? Todos desfilaron diciéndole su adiós, en ritmo lúgubre; reaviváronle el fuego, pusieron a su cabecera agua pura y carne fresca, y se fueron dejándolo solo, absolutamente solo, dando paso a que la muerte entrase más libremente en la miserable ruca.

La caravana indígena se puso en marcha y caminó muchas horas tratando de encontrar en la llanada inhóspita un refugio donde poder establecer la toldería.

Dos ideas chocaban en el corazón de Oshelten: cumplir la costumbre despiadada de abandonar al enfermo incurable, costumbre que él era el más obligado a respetar, o volver al pie del lecho filial donde agonizaba, en la soledad más espantosa, to-

do cuanto para él había de más querido en el mundo. Los impulsos naturales pesaron más que los rígidos preceptos sociales, y una noche, cuando todos dormían, cuando estuvo seguro que nadie podría sorprender su claudicación, montando el potro se fué a galope tendido en busca del hijo moribundo, pensando estar de vuelta antes de que rompiesen las primeras luces del alba.

Nada tan doloroso como el reencuentro entre el padre y el hijo. Cuando el pobre anciano llegó a la cabecera del enfermo, comprendió que todo estaba perdido. Los ojos de Minkiol estaban empañados por la primera sombra de la sombra eterna, de esa sombra que un día descenderá sobre nosotros como las nieblas vespertinas cuando caen sobre el cuenco del valle, amortajando el día que se va; sus manos blancas, pálidas, traslúcidas, se alargaban por los caminos sin fin de los dedos exangües; sus labios resecos, agrietados, nazarenos, se entreabrían en una mueca de amargo desengaño; por su frente resbalaban gotas de sudor helado, rocío de un amanecer que ya se abría en otro mundo; su cabeza, caída sobre la piel que le servía de almohada, era una hoja desgajada que ju-

gaba en el torbellino del vendaval de las parcas.

—¡Minkiol! . . .

Al reconocer la voz paterna el hijo se reanima, mira honda y fijamente al anciano, y con voz entrecortada le agradece:

—Padre, yo sabía que tú habías de volver, que tú no me podías abandonar así.

—Hijo mío, ¿por qué te fuiste? ¿Por qué no escuchaste mis consejos y mis súplicas? Si los robles más fuertes de nuestros bosques fuesen transplantados lejos de nuestra tierra, de nuestra nieve y de nuestro viento, se morirían; si los peces de nuestros ríos helados fuesen llevados a los mares calientes, donde las aguas hierven noche y día, se morirían; si nos llevasen las humildes florecillas de nuestras praderas, que nosotros tanto apreciamos, para adornar otros campos, aun siendo ellos más fértiles y cuidados se morirían.

—Ya lo sé, pero es demasiado tarde; son lecciones que se aprenden cuando ya no sirven para nada. El camino me llevó muy lejos, y ya no tengo tiempo de regresar.

—Muy lejos de nosotros y de ti mismo, Minkiol.

—¡Ya no tengo tiempo de regresar! . . . Pero

por este remordimiento mío, por esta comprensión de mi culpa, por esta penitencia de mi pecado, padre, por favor, ¡sálvame!

—¿Yo? . . .

—Tú que diste luz a los ojos de los ciegos para que viesen estas lejanías que yo no veré más; tú que abriste los oídos de los sordos para que escuchasen el rumor de las selvas y el balido de las ovejas; tú que moviste las piernas de los paralíticos para que danzasen el baile de todas las fiestas; tú que llenaste de palabras la boca de los mudos para que pudiesen cantar la pena y el gozo; tú que dirigiste la flecha de los cazadores, y devolviste la fe a los enamorados, y contuviste el poder de los enemigos; tú que hiciste cesar las tormentas y anticipastes el sol de la primavera ¡sálvame!

—¡Yo! —volvió a exclamar el padre.

Y por su mente desfilaron todos los embustes y trucos en que se había cimentado su fama. Él sabía que las fórmulas cabalísticas que usaba en los exorcismos eran palabras huecas y carentes de sentido; que los animales que sacaba del cuerpo de los enfermos, eran montones de plumas que llevaba hábilmente disimulados en la palma de la mano, que cuando detenía las tormentas era por-

que antes había observado el cambio de los vientos. Oshelten era un pobre prestidigitador, y en esta hora trágica, en esta hora decisiva de la muerte del hijo, no podía engañar más y tenía que confesar la gran mentira de su arte y la gran farsa de su vida. ¿Pero no sería mejor mantener la ilusión de su hijo, confirmarlo en la certeza de que su padre había sido un hombre superior, un ser excepcional, un mago extraordinario? ¿Sería mejor acaso decirle toda la verdad, ofrecerle en este momento terrible una prueba de supremo amor paterno presentándole humillado la confesión de su enorme mentira? ¡Pero sufre tanto!... Esto sería dejar caer sobre su alma una gota más de amargura. ¿Y si aun a pesar de su declaración Minkiol no le creyese y atribuyera su negativa al deseo de abandonarlo a su triste suerte?...

Todas estas preguntas machacaron en el atribulado cerebro de Oshelten y encarándolas se resolvió. Era preciso aliviar la irremediable agonía y consolar los apremios filiales haciendo una nueva farsa. Y paso a paso reprodujo la pueril comedia con que tantas veces había abusado de la inocente ingenuidad de la tribu, pero ahora con un acento tan marcado en las palabras, con una cer-

teza tan segura en los gestos, con un aplomo tan firme en las maneras —ningún actor del mundo hubiese representado con tanto acierto—, que Minkiol iba reviviendo a medida que se sucedían las escenas.

Y el hijo se curó. Toda la tribu proclamó a Oshelten el mejor hechicero de la isla y el *jobon*, que en varias ocasiones estuviera tentado de revelar al enfermo la superchería, pensó que era mejor mantener en pie la leyenda, y se entregó a sus prácticas con fervor redoblado, convencido de que en la vida de los hombres hay una sima profunda que sólo se puede llenar con la imaginación.

Todo está dentro de nosotros. Aun lo que nos parece más lejano tiene sus raíces dentro de nuestra propia alma. La bondad de los buenos es un reflejo de nuestra propia bondad, y la ruindad de las miserias que nos rodean no es más que la resaca de nuestras turbias mareas de maldad; la belleza de lo bello es una claridad de nuestro propio afán de hermosura, y el deforme perfil de las fealdades es una sombra de nuestras anchas negruras inte-

riores; nuestros odios son eco de nuestro propio rencor, y el amor de nuestros amores es la emoción de nuestra ansia enamorada.

Mas sobre estas bases nuestras, y por mucho que sobre ellas nos levantemos, sólo alcanzamos un pequeño horizonte dentro del cual bondades y miserias, bellezas y fealdades, amores y odios son aún la carne de nuestra misma carne. Quedan por ver los motivos y las causas, lo que está más allá de nuestra razón mezquina. Y la vida se torna un problema de fe. La fe de estos pobres indios que, inocentes y sencillos, se dejan alucinar por infantiles pantomimas, y nuestra fe consciente que, sosteniéndonos sobre el abismo de todas las dudas, nos traza rutas de eternidad que van a descansar en las divinas bondades, salvando nuestras muertes diarias en la vida que no muere jamás.

EL PRÍNCIPE QUE SE HIZO REY EN EL SUR

A los ocho días de caídas el Rey Martín y la Reina Margarita, sus hijos mayores y menores hijos, en realidad habían caído vivos, pero uno de ellos se murió muy pronto con las primeras heridas, según veremos diplomáticas e inmediatamente. Iria un ricozno estique al bigada, del cual habian podido salvarse los médicos de la corte, pero su Majestad se empezó en traer grandes enfermedades extranjeras y, como es lógico, el infante no pudo sobrevivir.

El reino de Martín y Margarita era el más rico y bello del mundo. El palacio real estaba hecho de mosaicos y tenía columnas altas estilizadas de alabastro, césped enpujado tras de cubeta puer-

A los ocho días de casados el Rey Merlín y la Reina Maricastaña tenían noventa y nueve hijos; en realidad habían tenido cien, pero uno de ellos se murió muy pronto: con las primeras palabras acusó vocación diplomática e inmediatamente sufrió un violento ataque al hígado, del cual habrían podido salvarlo los médicos de la corte, pero Su Majestad se empeñó en traer grandes eminencias extranjeras y, como es lógico, el infante no pudo sobrevivir.

El reino de Merlín y Maricastaña era el más rico y bello del mundo. El palacio real estaba hecho de malaquita y tenía cuatro torres altísimas de alabastro, cuyas cúpulas eran de rubíes incan-

descendientes. Los pisos de los salones estaban formados por grandes losas de jade, y las bóvedas descansaban sobre esbeltas columnas de marfil con afiligranados capiteles de azabache. Sobre el trono, que era todo de oro macizo, se abría un dosel inmenso tachonado de brillantes. El dormitorio de la reina era tan grande que en él cabían quinientas azafatas, y tenía un lecho de aguamarinas sobre el cual Maricastaña, al dormir, parecía una sirena; del techo de esta cámara pendían orquídeas de formas caprichosas que de noche se iluminaban en una constelación de mil colores, y en el alféizar de las ventanas había siempre parejas de pavos reales y de garzas que llenaban de arrullos la estancia portentosa. En los corredores hacían guardia gigantescos granaderos verdes, sobre cuyos pesados cascos de bronce abrían sus alas majestuosas águilas esplayadas, y por entre los guardias correteaban enjambres de enanos negros que traían y llevaban azores y halcones. En las antecámaras vigilaban chambelanes musgosos que empuñaban largos espadines de cristal de roca, y en el saloncillo del soberano, que era de porcelana azul, resguardaban la puerta dos esfinges hieráticas que de lejos parecían como de ópalo. Se lle-

gaba al palacio por una ancha avenida de altivos tulipanes entre los cuales palidecía la nieve eterna de los jacintos, y se entraba en él por una larga escalinata de mármol rosa alfombrada siempre con pétalos de nardos y gardenias. Sólo en este ambiente podía soportarse el peso de la corona, porque el Rey trabajaba mucho: diariamente tenía que desfilar ante todos sus queridos ciudadanos del imperio — elefantes, cucarachas, pante-
ras, hienas, lagartijas, tiburones... — lo cual molesta bastante más de lo que parece.

Merlín, a pesar de ser muy inteligente, un día se decidió a cambiar de gobierno; y con la llegada de los nuevos ministros — que para no desacreditarse como gentes de ideas propias lo pusieron todo de patas arriba—, empezaron las intrigas.

—Señor — le fueron a chismorrear una mañana —: las mariposas están sublevadas porque las nuevas leyes les impiden entrar en el ejército.

—Pronto se contentarán — respondió muy serio el soberano —, porque estoy preparando un decreto para formar con ellas la orquesta palatina.

—Señor — susurraron una tarde a su oído —: el país está lleno de espías.

—La cuestión — repuso el Rey muy preocupado — es que ya no me quedan ciudadanos para aumentar la policía.

—Señor — le silbaron una noche por detrás de una cortina —: en el fin del mundo hay un Rey más poderoso que Vuestra Majestad, con doble número de ciudadanos a pagarle tributo y un ejército que lo mismo avanza por tierra que por agua.

—¿Eh? — bramó airado. — Esto ya es harina de otro costal. Mandaré a un emisario para que me informe directamente sobre el caso.

El Rey no durmió aquella noche pensando a quién podía encomendar misión tan delicada. Cuando los gallos tocaron diana, decidió que su confidente muy bien podía ser el dragón, porque él era el único que no había intrigado y esto le daba mucho que pensar. ¿Querrá mi fracaso para suplantarme en el trono? — se preguntaba — ¿Lo meteré preso? No, no. Lo mejor será mandarlo al exterior con una misión grata; esto haría en mi caso cualquier otro jefe de Estado.

Pocas horas después salió el dragón braceando por el mar abajo; nadaba con tanto ímpetu y re-

soplaba con tal fuerza, que una borrasca sin igual se desencadenó de polo a polo.

Una semana después de haber llegado a la Tierra del Fuego — que éste era el reino a que se referían los chismosos — se había hecho cargo de la situación y pudo informar al Rey de las observaciones recogidas.

—Majestad — le decía entre otras cosas en un largo y meticulado mensaje —, efectivamente este es un asunto mucho más serio de lo que parece, y temo que de aquí nos puedan sobrevenir muy graves males. Me recibieron muy bien, no puede negarse, pero noté que los niños de las escuelas no dieron los vivas de rúbrica y que la banda de música no tocó nuestro himno nacional con la emoción vehemente que el caso requería; he visto que la mayoría de las casas no estaban embanderadas como se acostumbra a hacer en nuestro país amado si nos visitan huéspedes ilustres; cuando íbamos en cortejo hacia el palacio, noté que a la vuelta de una esquina alguien me dijo no sé qué que no pude entender bien, porque aquí el idioma es muy difícil, pero no debía ser palabra grata a juzgar por la cara que pusieron mis acompañantes y la carcajada que soltó el capitán ayudan-

te que cabalgaba a mi lado, y en la plaza principal tiraron sobre nosotros algo que, si me da en la cabeza, de cierto que ni me deja tiempo para comunicaros estas nuevas. Debo deciros también que en verdad se ven aquí seres extraños: leones con ocho metros de largo que lo mismo andan por tierra que por mar, arañas tremendas que, según me comunicó un colega, se llaman centollas, y unos bichos asquerosos que parecen sacos de grasa y se zambullen con un estrépito que me asustaría de no ser quien soy.

—Regresad inmediatamente — fué la respuesta de Merlín —, porque quiero oíros de palabra novedades tan asombrosas.

Ante tal orden el dragón decidió partir en el acto, y, convencido de la trascendencia de su misión, enfatuado con el éxito obtenido, deseando llegar pronto, antes de que en el Rey se entibiase la curiosidad, optó por volver volando. Días y días, meses y meses, años y años voló el dragón sobre una llanura inmensa en la cual no se percibía un árbol, ni una colina, ni un pueblo. Empezó a sentirse aterrizado. ¿Será que se ha resecado el mar? — se decía temblando de pavor. Le dieron dos o tres vahidos, luego sintió como si le hi-

ciesen cosquillas en la espalda, después como si le hubiese entrado arena en los ojos. Le faltaban las fuerzas. Sudaba copiosamente y vió cómo su sudor caía en forma de lluvia torrencial sobre aquel páramo infinito. Empezó a tararear aires marciales cuyos compases se mezclaban incoherentes, como el comentario de los locos. ¿Para qué me habré metido en esta empresa? ¿De quién habrá sido la idea de complicarme en estos líos? ¡Maldita sea la hora en que acepté este encargo!... Y torturado con estas reflexiones, el pobre dragón sufrió un desvanecimiento y cayó produciendo un gran estrépito.

Ante la noticia de esta muerte catastrófica, y decidido a ampliar a toda costa las noticias recibidas, Merlín resolvió enviar al Sur a uno de sus hijos; el elegido fué el príncipe Yoyó, recién casado con la princesa Marimandona.

—Os servirá de viaje de novios y podéis hacerlo sin regateos porque quien paga es el erario público — le dijo la reina al despedirlos —; pero tened mucho cuidado, tomad toda clase de precauciones, porque aquel debe ser un país muy peligroso. Mi consejo es que vayáis de incógnito y

que eviteis por todos los medios el ser reconocidos e interrogados.

Con gran detenimiento discutieron los príncipes la manera de disfrazarse.

—Mi opinión — propuso Marimandona — es que vayas disfrazado de pulga; así podrás andar de peluca en peluca y oirlo todo sin que te sorprendan.

—Soy un príncipe de la sangre y no me someteré a tal humillación. Iré como caballo.

—No olvides que hay muchísimo mar por medio.

—Pues iré de hipopótamo.

—Así los asustarás y no conseguiremos nada. Piénsalo bien.

—Entonces iré de gavián.

—Vete como quieras; yo iré de serpiente. Deseo verlo todo, enterarme de todo, entrar por todas partes, meterme por todos los resquicios, y no por curiosidad, porque nunca me importaron las vidas ajenas — de sobra lo sabes —, sino por razón de Estado.

Se escondió en un fardo de frutas, que el sagaz ministro del Interior se encargó de fletar so-

lapadamente, y Yoyó emprendió majestuosamente su vuelo.

Volvía Talemiot de pescar cuando percibió el ave extraña, que por el cuerpo tanto se asemejaba a las palomas, trazando amplios círculos sobre su cabeza. Ya iba a dispararle un flechazo cuando, veloz como un rayo, se le vino a las manos. Dudaba desconfiado el indio sobre qué hacer, pero el gavilán se puso a retozar como un jilguerito y con el mayor cariño inició un diálogo que pronto sometió a la fiereza indígena.

—Eres muy simpático. ¿Cómo te llamas?

—Talemiot.

—¡Caramba! . . . Es un nombre muy difícil de decir.

—Eres forastero ¿verdad?

—Sí, pero me están gustando estas tierras y es probable que me quede por aquí una larga temporada. Lo que no entiendo es por qué las llaman del fuego, con el frío que hace. (Si llego a saber ésto — pensó — a fe mía que me disfrazo de oso). Y dime ¿tú no podías presentarme a algunos amigos, para tener con quien conversar?

—Se lo pediré al hechicero esta noche, y ma-

ñana estarán reunidos, para que los conozcas, todos los animales de la isla.

Al día siguiente en la playa grande estaban ordenados, como para una revista, todos los animales de la isla y tierras circunvecinas. Talemiot fué haciendo las presentaciones:

—Estos son los ratones: mala gente; sólo los comemos cuando aprieta el hambre. Estos son los tucutucus que nosotros llamamos *ápeis* y que, pareciendo ratones, tienen una carne sabrosísima. Estos son los perros: costó trabajo domesticarlos, pero ahora son nuestros mejores amigos. Estos son los murciélagos y esta la nutria, que nosotros llamamos *ayep*. Este es el buho, este el zorzal, esta la bandurria, esta la gallareta, este el petrel, este el tordo, esta la avutarda.

—¿Y aquel pez tan grande que está varado allá lejos? ¿Es que se quedó sin agua?

—Es la ballena; aterrorizada por la persecución de los delfines viene hacia tierra y así se queda. No puedes imaginarte qué carne tan rica es la suya y qué deliciosa se pone cuando empieza a podrirse.

—Juraría yo que un bicho así sería capaz de

matar de terror a todos los ciudadanos del reino de mi padre.

—¿Hablas de un reino, pájaro? — inquirió desconfiado el ona.

—No . . . , nada . . . ; es que hablaba conmigo mismo.

—Este es el pato —continuó Talemiot — y este el pelícano, este el chimango, este el carpintero, este el flamenco que aquí decimos *telell*, este el chorlo, este el carancho, esta la paloma, este el cisne, esta la gaviota.

—¿Y aquel pichonzuelo tan estirado que tiene el pecho blanco?

—Poca cosa. Se empeña en ir de etiqueta a todas partes para darse importancia, pero nadie lo conoce sino de nombre. Es el pingüino. En cambio allá tienes el león marino que, por ser muy importante y famoso, ni se ha preocupado de peinarse.

—Bien, bien, sigue presentándome a toda esta gente.

—Este es el róbalo y esta la merluza y aquí tienes el pejerrey, el abadejo, la raya, el sargo, la lisa, el maquerel, el cangrejo.

—¿Y aquellos dos hermanos que están tan robustos?

—No son tan hermanos como parece: uno es el lobo de dos pelos y el otro el lobo de un pelo.

—¡Hombre! No sabía yo que la diferencia de un pelo tuviese tanta importancia.

—El lobo de un pelo es tan apasionado que cuando viene a tierra para estar con la novia, se deja matar a palos antes que abandonarla.

—Qué seres tan extraños. Nunca haría yo cosa semejante.

—Aquí tienes la araña, el mejillón, el lagarto, el cormorán, el albatros. . .

—¿Y aquél que por lo distinguido parece una jirafa, por lo manso una burra y por lo peludo un carnero?

—Es el guanaco, llamado *yowen*, y no te fíes de las apariencias: no es tan distinguido ni manso como te imaginas. Si te acercas a él te escupe sin miramientos y se lanza a correr sin que nada ni nadie lo detenga.

—No lo creyera yo tan indómito.

—Fué manso, mi querido huésped, pero el maldito zorro — que a todos nos trae a mal traer — lo sublevó. Entre nosotros se cuenta esta historia:

en tiempos remotos era dócil y obediente, como las ovejas de los blancos. Aconteció una vez, que estando dormido el hijo de Kuan Jeper llegó el guanaco y lo asustó. Ante el llanto del chico, el padre se irritó mucho por la torpeza del animal, y sacando un tizón de la hoguera propinó al infeliz animal una gran paliza al mismo tiempo que lo quemaba con la brasa. Huyó el guanaco a toda carrera y en el camino se encontró al zorro. Convéncete de que los hombres — le dijo éste — sólo te quieren para aprovechar la tierna carne de tus crías. Convencido el guanaco reunió a todos los suyos, los sublevó con elocuentes arengas y se echaron todos al campo pasando a ser las piezas de caza más difícil.

Intrigado por este relato, Yoyó mostró deseos de conocer otras historias.

—Contadme vuestras tribulaciones; tengo cierta influencia y me gustaría aprovecharla en vuestro favor.

—Yo soy el ser más triste de todos — empezó a explicar la guanaca. — Me quedé viuda siendo muy joven. Mi marido era hombre, aunque te cueste el creerlo, y se llamaba Kourre, como saben todos éstos; en menos que se dice, se quedó

convertido en tierra amarilla. Nadie se puede imaginar cómo me hieren sus nostalgias. Por eso, en cuanto puedo me tumbo sobre las que son cenizas de mi esposo a pesar de que toda esta chusma se ría de mí sin la menor compasión.

—A mí me pasó algo peor y no me quejo — continuó la ballena —. Mi marido era *Sinu*, el viento, y me abandonó porque le dió la gana, dejándome un hijo, el picaflor, al que nunca más he vuelto a ver. Y así es mejor, tal vez, porque hay que ver cómo se reiría la gente viéndome con un hijo tan microscópico.

—De mí sí que se burlan todos, pero comprendo que no les falta razón — explicó el pelícano—. Tuve envidia de la bandurria y quise tener un pico tan largo como el suyo y... me nació esta monstruosidad.

—A mí lo que más me fastidia — declaró el zorro —, es que después de perseguirme sin tregua y de matarme entre risas y alaridos, encima me echen discursos cuando me están desollando. Ayer aun he oído lo que decían a un amigo mío mientras lo descuartizaban: “Yo no te quiero mal, pero tengo que comerte porque el hambre me apura; no te enojés conmigo”.

—Eso no es escarnio, amigo zorro — dijo Su Alteza Real — sino miedo. Algo tengo oído del terror que les da a los indios el pensar que eres tú el único capaz de encontrar las cenizas de sus muertos.

—A mí me duele — dijo el tucutuco —, que además de cazarme me deshagan la madriguera. No quieras tú saber cómo dejan todo.

—Dudo que haya muerte tan dramática como la nuestra — se lamentó el cormorán —. Nos deslumbran con antorchas, y cuando estamos ofuscados sin saber ni para donde ir, nos atrapan y retuercen el pescuezo.

—Sois verdaderamente cobardes — protestó el príncipe mirando con desdén a Talemiot.

—¿Cómo cobardes? Para cazar a este pajarra-
co, que se cree algo porque tiene tres plumas locas en la cabeza, en forma de penacho, hemos de ir a la costa a media noche, y sujetos apenas de una mala lonja de cuero descender desnudos por acantilados que caen a pico desde alturas enormes — arguyó el ona —. Calcula tú que se rompa la lonja y ya te imaginas cuál es la suerte que nos espera.

—¿Y a ti cómo te cazan? — preguntó el príncipe a la avutarda.

—Figúrate: nací tonta y por tonta he de morir. Me acorralan en una empalizada dejándome sólo una salida traidora, que vería cualquiera menos yo, y en ella me tienden un lazo. En él caigo estúpidamente porque... ¿qué quieres?... nací así y ya no tengo remedio.

—Si yo contase mis desdichas — habló el perro — hasta las piedras llorarían. Para que cace mejor me tienen tres días medio muerto de hambre, me hacen lamer sangre de guanaco, que es el tormento más repugnante, no me dejan ladrar pase lo que pase y, para que corra más, me que-man la cola. ¡Ah si tú supieses lo que duele esto! Y nada te digo de cuando me confunden con el zorro, porque entonces llueven sobre mí las piedras que no hay forma de zafarse.

—Todo esto lo dices ahora para darte facha delante del forastero — le interrumpió con violencia el puma —; pero aquí bien sabemos todos cómo sigues al hombre, cómo le obedeces sumiso y le lames los pies. Y todo por un pedazo de carne. Eres despreciable.

Viendo que la cosa se empezaba a poner mal, Yoyó ofreció sus disculpas y se fué.

No había andado cien pasos cuando oyó a su espalda una gritería ensordecedora. El indio corrió a ver lo que ocurría, pero el príncipe juzgó que al heredero de un trono no le estaba permitido complicarse en plebeyos comadreos, y no volvió la cabeza. Cuando Talemiot se le unió nuevamente, S. A. R. no pudo contenerse y le preguntó qué había pasado.

—La cosa más rara que yo he visto: los ánimos continuaban cada vez más exaltados, cuando alguien encontró un bicho rarísimo que jamás hemos visto por estos parajes, el cual andaba figoneándolo todo. Molestos con tal impertinente intromisión, los animales desataron sus furias contra el intruso, y a mordiscos, a picotazos, a patadas lo dejaron con las tripas al aire.

—Dime, dime ¿qué bicho era ése?

—No lo sé: largo, delgado, sin patas, ni alas ni cosa parecida, con una lengua como un hilo que parecía silbar y escupir. Me llamó la atención la manera de arrastrarse. Acaso sea un lagarto que se quedó sin patas.

—Tenía que acabar así. Le gustaba verlo todo,

oirlo todo, meterse en todo, y la gente no gusta de que le curioseen en la vida. Le está bien empleado.

—¿Pero tú lo conocías?

—¡Pero si es mi mujer, querido Talemiot! Se empeñó en venir disfrazada de serpiente y ya ves qué fin tuvo.

—¿Y no lloras siquiera?

—¿También es costumbre llorar en este país? No me lo imaginaba.

—Es lo más correcto.

El gavilán entonces rompió a llorar desconsolado pregonando a grandes voces su desdicha. Al oír tales lamentos muchos animales corrieron a consolarlo, notándose, al saber su viudez, que eran las doncellas las más hipócritamente efusivas en los pésames.

A partir de este día recibió Yoyó múltiples visitas femeninas y no pocas descaradas propuestas de nuevas bodas. Ninguna lo convencía; todas las enamoradas tenían algún pero: unas eran demasiado gordas y otras demasiado flacas, unas demasiado empalagosas y otras demasiado ariscas. El buen sentido le hizo decidir al fin por la gallina: es trabajadora, de buen carácter, no del todo fea...

El único peligro — pensó — es que sea demasiado generosa en sus cariños, pero yo soy un marido moderno.

El primer fruto de esta nueva alianza fué un gigantesco huevo de oro — no podía ser por menos dada la alta calidad de Yoyó — y este acontecimiento proclamó a los cuatro vientos la evidente fidelidad conyugal, y la aseguró contra cualesquiera tentaciones: estos huevos de oro — que caían plurales de hora en hora como las campanadas de los relojes ingleses — eran para él un gratuito sistema de propaganda que pregonaba por la isla las dotes excepcionales de los príncipes de la casa de Merlín, y para ella, inflada de burguesía, eran un óptimo negocio que compensaba con creces la renuncia que había hecho de tantas fáciles aventuras que en otro tiempo la tentaran. Mas la codicia malogró el matrimonio. La avara gallina murió consumida — acabara por poner más de un ciento de huevos por hora —, y el príncipe se quedó tan escuálido y huesudo que ni podía tenerse en pie.

—Hay que marcharse — decidió —. Este país no es para mí: el clima no me favorece, no entiendo el idioma y, después de la fama adquirida,

acabaría teniendo que casarme con todas las gallinas de los alrededores. Y las viudeces seguidas aniquilan; al fin y al cabo yo soy un corazón sentimental.

Llamó a Talemiot, le dió cuenta de sus conflictos, le explicó cuál era su verdadera situación social y los motivos que le habían traído a la Tierra del Fuego, le confesó sus deseos de partir y le pidió consejo sobre la manera de hacerlo para no llamar mucho la atención.

—Creo que lo mejor será que regrese disfrazado de ballena — le dijo — o de puma, o de guanaco. Creo que si llego de guanaco a casa de mi padre, en la corte se arma una verdadera revolución. En cuanto empiece a escupir a un lado y a otro, o me aplastan a golpes o me levantan una estatua.

—Dada tu facha, mi escuálido amigo, creo que lo mejor sería que te fueses como sardina.

Y se fué de sardina. Mil veces estuvo a punto de morir atrapado en las redes de los infinitos pescadores que navegaban por la costa, pero Yoyó era muy hábil y consiguió ir salvando las escamas con esta graciosa treta que demostraba su gran talento y claro ingenio: apenas caía en la bodega

de los barcos y sentía la primera granizada de sal sobre el lomo, gritaba suplicante:

—Capitán, capitán: sálvame que te revelo un secreto.

Y si el capitán no la atendía, alborotaba:

—¡Eh, marineros, no seáis tontos y oidme! Puedo haceros ricos en dos días. De nada os sirve una sardina de más o de menos, y a cambio de mi libertad puedo llenar el barco de oro.

Al oír la palabra oro corría toda la tripulación a su lado, y él les explicaba cómo en los mares del Sur había una isla cubierta de huevos preciosos que valían millones y millones.

—¿No será fábula? — insinuaba algún grumete incrédulo.

—Nada de fábula, señor almirante — (al verse ascendido el grumete pasaba a ser su mejor defensor) —. Hay oro, mucho oro, y bien lo sé yo que no poco trabajo me costó el hacerlo. Sabed que soy príncipe y que si me veo en este lamentable estado es por haber complacido a una benemérita gallina que heroicamente se empeñó en hacer vuestra riqueza.

Los pescadores al convencerse vaciaban las bodegas, para aliviar el lastre, y a toda vela enfila-

ban el rumbo del Sur. Las sardinas otra vez en el mar continuaban su emigración pacífica, victoreando a Yoyó que las había salvado del frío ataúd de las latas conserveras.

Nuevamente en la corte paterna, el príncipe cambió radicalmente de vida. Nunca el Rey Merlín consiguió que su hijo volviese a ocuparse en los negocios de Estado. Cuando le pedía que fuese a pasar revistas, a redactar protocolos, a despachar credenciales, a recibir visitas, Yoyó contestaba siempre con el mismo ruego:

—Padre, déjame ir a sentar en la playa, que en el mar aprendí muchas cosas. Los hombres se preocupan de lo que son las riquezas verdaderas y se enloquecen ante este maldito brillo del oro que trae al mundo en guerra; abandonan la agricultura, la ganadería, la pesca, los más firmes valores de una nación, para ir a matarse por ese asqueroso que lo está corrompiendo todo. Déjame esta inmensa alegría de ver cómo pasan los barcos cargados de codicia y cómo vuelven cargados de desilusión. ¿Ves todos esos millones y millones de sardinas? Son aventureros que abandonaron el hogar soñando con imperios de oro y que ahora se

contentan si tienen un pedazo de pan para ir viviendo en paz hasta el último día.

—Te aseguro que con esas ideas en la cabeza no llegarás a sucederme en el trono.

—Ya soy Rey, padre, Rey de mí mismo, Rey del imperio más codiciado de los hombres: el Imperio de la Verdad. En la embajada que me encomendaste lo conquisté.

ÍNDICE

Introducción	1
El autor	15
Historia	25
El teatro y la novela	45
El teatro del siglo	65
El teatro	85
Los tres reinos	105
Apéndice I	125
El teatro con el teatro del siglo	145

	Pág.
DEDICATORIA	7
KUPEN	15
KIUTEMINK	25
EL HOGAR Y LA HOGUERA	47
EL LLANTO DEL BOSQUE	61
EL CASTIGO	73
LAS DOS FLECHAS	87
AQUELLA LUZ... ..	101
EL PRÍNCIPE QUE SE HIZO REY EN EL SUR	115

De este libro se ha hecho una edición especial de cien ejemplares, numerados a mano y firmados por el autor, ilustrados con un retrato de Jaime Campos Menéndez, pintado por Anselmo Miguel Nieto, y con un grabado de Luis Elvera.

Cincuenta ejemplares están impresos en papel *Croxley Super Brochure* y numerados en caracteres romanos, del I al L, y cincuenta en caracteres arábigos, del 1 al 50.

Se acabó de imprimir el día 2 de marzo de 1940.